Núm. 111

LA EGILONA,

VIUDA DEL REY DON RODRIGO.

EN TRES ACTOS.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Egilona.
Abdalasis.
Mahomet.
Pelayo.
Muley.
Abenyncef.
Rodrigo.
Mustafá.
Celima.
Iñigo.
Zorayde.
Zulema.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa una campaña dilatada, en cuya Sotananza, se verán á la drecha los muros y edificios de Sevilla, y á la izquierda un monte eminente; al trecho habrá algunos árboles repartidos sin órden, pero muchos y espesos; á la izquierda y último del foro. En este lado se verá la puerta de la casa que habitá Pelayo cerrada con llave natural; cuya entrada la cubrirá una Parra frondosa. Entre los árboles espesos estará la boca de un Silo con tapa de madera que cubrirán las hojas y algunas ramas de los árboles, la qual tendrá un grueso candado, que se quitará á su tiempo para abrirla. En medio del teatro, y á distancia proporcionada para la representacion, habrá algunos peñascos. El dia no habrá empezado á nacer, por lo que la escena estará alumbrada con la escasa luz que le preste la luna, que se verá casi apagada como que va á su ocaso, y despues que se oculte el agradable cántico de las aves anunciará la venida de la Aurora; con lo que se irá aclarando el teatro por grados, hasta que últimamente goze de todo el lleno de la luz con la salida del Sol, el que se descubrirá por detras del monte. Este Sol será de una reververacion la mas luminosa, imitando en lo posible al natural, y no á un mascaron como lo hacen otros soles del teatro. Iñigo abre la puerta con recato, y se presenta en la escena con pasos medrosos, como recelándose de que le vean, con una ballesta al hombro. Exâmina atentamente la campaña, y observando otra vez la parte por donde salió junta la puerta despues de los versos primeros.

Iñig. Nadie en el campo parece.
En casa todos sosiegan
en brazos del dulce sueño,
solo mis cuidados velan!
Mas quien tiene amor y zelos,
cómo es posible que duerma;
Desde que miré á Egilona
nació la llama mas tierna
de amor, en mi corazon;
pero advirtiendo la inmensa
distancia, que hay entre mi
humilde cuna, y su excelsa

sangre real, quitó el respeto
todo el uso de mi lengua,
para que la declarase
mi pasion fina, y honesta,
mas sabiendo que mi Tio
(que cuidadoso la encierra
en un silo antiguo, que hay
entre esa unida arboleda,
para libertarla así
de un riesgo cruel) desea
que se una á Rodrigó su hijo
sin que nada le contenga;
anticiparé la empresa
de sólicitar su mano,
pues si hallan que es digno de ella
Rodrigo, que razon hay,
para que yo no lo sea?
La hablaré pues nada importa
que de la llave carezca
del silo, porque á mi voz
ella subirá á la puerta.
La exâgeraré su estado
infeliz, que se halla expuesta
si la descubren los moros
á ser víctima sangrienta
de su furor en la flor
de su edad, y su belleza;
despues con una eficacia
la mas persuasiva, y diestra
la diré que sus pesares
de tal modo me atormentan
que de ellos librarla intento
llevándola adonde pueda
tranquilamente gozar
lo que la naturaleza
la dió que es la libertad,
y aquí el destino la niega,
y quien duda crea, y pague
su gratitud mi fineza,
y que en mi resolucion
tan generosa consienta?
con lo qual en la inmediata
noche, romperé la puerta
del silo, la sacaré
de su seno, y con presteza
la conducirá mi amor
adonde mi esposa sea.
Por si alguien de casa sale,
primero que yo á ella vuelva,
y no se pueda extrañar
el que esté la puerta abierta
use de la precaucion
de armarme de la ballesta,
pues creerán que salí á caza,
y quito toda sospecha,
Al silo me acerco. Pero ::-

Al dar un paso oye ruido.

parece que ruido suena
en mi casa! Es cierto: pasos
percibo, y aquí se acercan:
como aun está tan obscuro
es imposible que pueda
nadie descubrirme, entre estos
espesos árboles. Quiera
amor que se acaben tantas
fatigas, ansias, y penas.

Se oculta detras de los árboles, abren la puerta, salen Pelayo y Rodrigo.

Rod. Padre, qué puede ser esto?
Quién habrá abierto esta puerta
tan temprano, sin dexarla
cerrada otra vez?
Pel. No temas,
Iñigo tu primo, como
sabes, con mucha freqüencia
sale á caza, hoy lo habrá hecho
y dexó la puerta abierta.
Para que tenga mi intento
prontamente efecto, dexa
que exâmine bien el campo.

Observa por todas partes.

Ningun peligro se observa,
quanto yo diga á Egilona
oirás aquí oculto, y piensa
Rodrigo, lo que por tí
mi amor paternal se empeña.
Iñig. Dos bultos distingo, pero
que lo que hablan no comprenda!

Se oculta la Luna.

Pel. Voy á llamarla. La llave

La saca.

del silo es esta. Entreabierta
puedes la puerta tener
para que todo lo entiendas.
Rod. El Cielo, señor, derrame
tanta gracia en vuestra lengua
que consiga reducirla
á mi amor! De esta manera
haced cuenta, que vuestro hijo
no es fácil que vivir pueda.

Se entra, y dexa la puerta entreabierta.

Pel. Que extremo de amor tan grande!
Dios mi intencion favorezca.

Camina hácia los árboles.

Iñig. Uno se entró, y otro viene
hácia donde estoy. Ya llega
á los árboles; ya entre ellos
le miro, y aquí se acerca,
qué podrá, Cielos, ser esto?

Pelayo habrá llegado á este tiempo á la boca del silo: quita las hojas y ramas que la cubrian, introduce la llave en el candado, le abre quita y levanta la puerta de aquella, en cuyo intermedio continua Iñigo diciendo.

Mas qué advierto! De la puerta
del silo, quita las ramas
que la cubrian, con prisa
parece que abre el candado,
y que::-

Pel. Egilona? *Llamando á la boca del silo.*

Iñig. No es esta
la voz de mi Tio? aquí
un gran misterio se encierra.

Pel. Egilona?

Aquí empieza el cántico de las aves, y las luces de la Aurora.

Dentro Egil. Quién me llama?

Pel. Pelayo verte desea,
hija vístete al momento.

Dent. Egil. Quien habita entre tinieblas
y amarguras como yo
muy pocas veces se entrega
al descanso corporal,
vestida estoy.

Pel. Sal apriesa.

Rod. Ah dulce bien mio! Quien
pudiera aliviar tus penas!

Iñig. Alma escuchemos.

Egil. Pelayo *Saliendo del silo.*
ayúdame á salir de esta
horrible mansion. Ay Dios! *Lo hace y sale.*
Que al mirar las luces bellas
del dia mis tristes ojos
en sus lágrimas se anegan!

Rod. Con cada voz que produce
mi corazon atraviesa.

Iñig. Qué pretenderá mi Tio!

Pel. Hija ven: sobre esta peña
siéntate, que quiero goces *Se sientan.*
del aura tan pura, y fresca,
que en este frondoso sitio
se respira. No, no sientas
tanto tus males, si quieres
que alivio los mios tengan!
Y para que lo que intento
declararte, haga en tí aquella
impresion qué solicito
no extrañes que te refiera
cosas que ya sabes: pues
el repetirlas es fuerza,
porque la dicha á que anhelo,
solo consiste en tenerlas,
presentes, ó no en tu pecho.

Iñig. Qué prevenciones son estas!

Rod. Que bien principia mi Padre!
captar á Egilona intenta
por la gratitud, pues no
es fácil de otra manera.

Pel. Aquí seguros estamos
de que nadie oirnos pueda
á esta hora.

Iñig. No, no mucho,
que hay quien por oiros no alienta.

Egil. Dí lo que quieres Pelayo,
que á tu voz estoy atenta.

Pel. Desde aquel infeliz dia
en que se miró deshecha
toda la gloria española
por las armas Sarracenas,
de modo ocultarte supe
que burlé las diligencias
de Muza, y Tarif, que ansiosos
te buscaban porque fuera
en el ara de sus iras
la víctima tu inocencia.
Pensaba, y bien, que no
podrian con evidencia,
y seguridad llamarse
dueños de la España miéntras
no la quitasen la vida
á la Viuda amable, y bella
de Rodrigo que eres tú;
discurre con tu prudencia
que cuidados, que fatigas,
que desvelos, no era fuerza
emplease yo por librarte
del riesgo, que hasta hoy te cerca.
Por fin tomé asilo aquí,
donde siempre es primavera,
y donde tranquilamente
vivimos, miéntras la guerra
acaba de los rebeldes
Abdalasis, que gobierna
por Abenariz, Califa
de los moros, en la tierra.
El qual poniendo su Corte
en Sevilla, que es aquella,
tanto este agradable sitio
los Mahometanos freqüentan,

 que

que esto dió motivo para
que encerrase tu belleza
seis dias hace en el silo,
porque así libre estuvieras
del inminente peligro
á que siempre estás expuesta:
y pues permitir no puedo
hija mia permanezcas
de un modo tan inhumano
quiero huyamos de esta tierra,
y partirnos á Granada,
donde es preciso que tenga
ménos sentimiento yo,
pues tendrás tu ménos penas.
Esta es mi resolucion;
los años mucho me pesan
ya, porque el plazo final
de mi vida está muy cerca:
dexarte sin un asilo
como el mio me atormenta
en extremo; pero en tí
consiste solo le tengas:
olvida tu cuna real,
abátete á la baxeza
de hacerte igual à mí: y logre
Rodrigo mi hijo, tu bella
mano. Así darás ser nuevo
à quien en tu bien se emplea
veinte años hace, y así
cumplirás fiel, sabia y cuerda
con mis servicios, mi amor,
con mi hijo, y contigo mesma.

Iñig. Qué es lo que he escuchado Cielos!
Quanto respiro es un etna!
Pero no será Rodrigo
quien à Egilona posea
aunque aventure mi vida.

Rod. El alma, de su respuesta
está pendiente.

Pel. Egilona,
qué te suspende? qué piensas?

Egil. Pelayo con justa causa
es preciso me sorprenda
tu pretension. Lo que has hecho,
y haces por mí, no lo niega
mi agradecimiento; pero
debes confesar por fuerza,
que fué obligacion en tí,
y en mí quieres que sea deuda.
Vasallo mio naciste,
y yo para ser tu Reyna;
contempla Pelayo bien
de tí à mí la diferencia
que hay, y así conocerás
con tu delirio mi ofensa.

Pel. Señora:- Yo:-

Iñig. Toda el alma
se llena de complacencia
con su expresion! No la logre
Rodrigo, aunque yo la pierda.

Rod. Ya todas mis esperanzas
se han convertido en mi afrenta.

Pel. Mira Egilona:-

Egil. Pelayo
tranquilízate. De aquella
sangre real que circulando
sabes que está por mis venas,
inflamada, no advertí
la desdicha, la miseria
que respiro, y que tu solo
me compadeces, y alientas
desde mi infeliz oriente.
Reconozco las finezas
paternales que te debo;
con que en esta inteligencia
de mi voluntad sencilla
árbitro quiero que seas.
Yo á tu hijo Rodrigo, no amo
sino con una sincera,
y pura fe. Aquel amor
con que himeneo sujeta
las almas, está de mi
muy distante; mas acepta
mi corazon á Rodrigo,
pues basta que tu lo quieras.
No puedo hacer mas. En esto
mi afecto te manifiesta
toda aquella gratitud,
que pechos reales ostentan.

Iñig. Caiga el cielo sobre mí,
pues escuché la sentencia
de mi muerte.

Rod. Ya mis dichas
no pueden ser mas completas.

Pel. La alegría... el tierno gozo...
que se derrama, y que llena
el fondo del corazon
no me permite que pueda
darte las debidas gracias
que mi humilde ser debiera.
Egilona... tú te dignas
de ser mi hija? Dexa, dexa
que bese tus reales pies,
y que con lágrimas tiernas
te los bañe.

Sa-

Sale Rodrigo precipitado, se echa á los pies de Egilona, y dice.

Y que yo en ellos
el juicio de gozo pierda;
mirando que á la mas alta
cumbre de la dicha elevas
á este infeliz, que con ser
tu criado dichoso fuera.
Egil. Alzad los dos, y en mis brazos
encontrad la recompensa
de vuestro leal proceder.
Rod. Qué dicha á la mia llega.
Iñig. Yo haré que esa misma dicha
en desgracia se convierta.
Pel. Vamos á que se disponga
con secreto, y con presteza
quanto para vuestra union,
y para huir de esta tierra
conviene; mas miéntras tanto
Egilona mia, es fuerza
para tu seguridad,
que á ocupar otra vez vuelvas
el silo. Yo te prometo
que para siempre te veas
libre de él mañana.
Rod. Oh quanto
sentimiento se apodera
de mi corazon, al ver
sepultada tu belleza
en ese horroroso seno!
Egil. Y que se ha de hacer? Paciencia.
Dios al que quiere castiga,
para que perfecto sea.
Quando el martillo en el clavo
da golpes con mas freqüencia
parece pue le deshace
y le afirma. El oro suelta
la escoria en el fuego, y luego
con mas brillantez se ostenta.
Y si en sufrir los trabajos
con heroyca resistencia
está el mérito, suframos,
y será la dicha eterna.
Pel. Oh! alma generosa, y real!
Iñigo, quando esto sepa
que gozo tendrá tambien!
Iñig. El que dirá la experiencia,
pues me he de satisfacer
con la venganza mas fiera,
mas inhumana y cruel:
un corto quarto de legua
vamos á que una sangrienta
determinacion acabe
á los que mi mal fomentan.
Anéguense en las dulzuras
que su dicha les presenta,
que dentro de poco tiempo,
yo haré que anegados sean
entre amarguras, horrores,
ansias tormentos, y penas.

Vase con disimulo para que no le vean, por detras de los árboles; Pelayo caminará hácia el silo y los demas le siguen.

Pel. Vamos pues.
Egil. Dios mio, no
me negueis la fortaleza,
que yo siempre adoraré
vuestra justa providencia.

Entra en el Silo, y Pelayo cierra la puerta, y pone el candado.

Pel. No podrá faltar jamas
el Cielo, á quien así piensa.
Cubramos con estas ramas *lo hacen.*
Rodrigo otra vez la puerta
del Silo. Bien está así;
ya has llegado á la eminencia
de la gloria que apeteces
Dios te haga feliz con ella.
Rod. La dicha no faltará
al que solo en Dios espera.
Pel. Entremos, Rodrigo, en casa,
y para que efecto tengan:::-
Los dos. El Cielo nuestros designios
inocentes favorezca.
se entran en la casa.

Salon corto en el Palacio de Abdalasis: salen Muley y Mustafá, este haciendo extremos de admiracion.

Must. Qué me dices?
Mul. Qué llegó
Zorayde anoche á las puertas
de mi casa con secreto,
y que se introduxo en ella:
que me mandó que ninguno
sino tu, su arribo sepa:
que le esperases aquí,
pues tiene que darte cuenta
de importantes cosas, ántes
que Abdalasis verle pueda.
Que te he dado esta noticia
apénas el Sol se muestra
á nuestra vista, y que aguarda

tus órdenes mi obediencia.

Mus. Corre, conduce á Zorayde
aprisa, no te detengas,
Muley, porque el corazon (*dole.*
no sé que me anuncia::- espera *detenién-*
tráele de modo que nadie
pueda verle.

Mul. Esa advertencia
ya la tengo prevenida,
soy tu hechura, nada temas. *vase.*

Mus. De Africa venir Zorayde
con tal secreto? Por fuerza
hay una causa muy grande
para ello; si acaso fuera
que mandase Abenariz,
Califa nuestro, que reyna
en Africa, y en España,
se cortase la cabeza
en un público cadalso
á Abdalasis, que gobierna
en nombre suyo la España,
que satisfaccion tuviera
mi corazon! su delito
merece esta horrible pena,
pues no encontrando el Califa
otra mejor recompensa,
con que premiar sus servicios,
y méritos en la guerra
le envió á su hermana Celima
para que su esposa fuera;
y esto hace ya cinco meses
pero él dilata, ó desprecia,
con disimulo este lazo;
con lo qual á un tiempo afrenta
al Califa, y á su hermana,
mas ella irritada intenta
con una venganza cruel
satisfacer esta ofensa,
yo la adoro, hacerla mia
es lo que el alma desea.
Me consulta sus agravios,
y sin que mi amor comprenda
le aconsejo como quien
la ama para sí, y profesa
á Abdalasis mortal odio,
una carta de mi letra
le hice firmar, en que daba
á su hermano exâcta cuenta
del desprecio de Abdalasis,
bien puede ser conseqüencia
de esta carta la venida
de Zorayde, quien lo niega?
Esto es sin duda. Los Cielos
hagan que Celima sea
mia, y que acabe Abdalasis:
pero ya Zorayde llega. *Sale Zoray.*
Zorayde? querido amigo?
ven á mis brazos en muestras
del contento, que tu vista *se abrazan.*
me produce.

Zoray. Ellos celebran
Mustafá enlazarse así,
pues nuestra amistad estrechan.

Must. Y que novedad::-

Zor. Despues
la sabrás: habrá quien pueda
oirnos ó vernos?

Must. No,
pues mi habitacion es esta,
y aunque en Palacio á esta hora
como Celima no sea....

Zor. Celima? Pues que ella viene *con in-*
sola á verte? (*teres.*

Must. Tiene pruebas
de mi lealtad, y tal vez
viene á contarme las quejas
justas::-

Zor. De Abdalasis?

Must. Sí.

Zor. Ojalá que ahora viniera?
pues la noticia que traygo
ella es preciso la sepa,
ántes que la Corte.

Must. Pues
tambien yo podré saberla.

Zor. Para eso te buscó, y para
fiar de tí::-

Must. Quanto quieras.
Dime la noticia.

Zor. Es la mas fatal y funesta!

Must. Funesta, y fatal? Pues que
acaso el Califa ordena
que se castigue á Abdalasis?

Zor. Y eso contristar pudiera
á tu corazon? Ya ví
aquella carta secreta
que al Califa remitiste,
por cierto que de tu letra,
y firmada de Celima
estaba. La qual conserva *ap.*
por lo que pueda ocurrir
mi cuidado. Y porque veas
que de ti todo lo fio,
yo amo, y quiero favorezcas
mi amor.

Must. Por ti verteré

la sangre que hay en mis venas.
Zor. Lo creo así. Sabes pues,
quien ha muerto ?
Must. Quien ? Dilo aprisa.
Zor. Nuestro::: Califa.
Must. O Alá !
mortal dolor !
Zor. No así sientas
lo que no tiene remedio.
Must. Y el imperio quien hereda ?
Zor. Abnuleiman.
Must. Qué dices?
Pues él acaso, es de aquella
sangre de nuestros Califas,
ni en él derecho se encuentra
para sucederle ?
Zor. No,
mas la eleccion ya está hecha.
Must. Dasgraciados Mahometanos !
Quando Abdalasis entienda
esa desgracia, á Celima
quitará de su presencia :
pues si viviendo el Califa
la desprecia, quando sepa
su muerte, que hará, Zorayde ?
Zor. Mi felicidad se encierra
en eso, pues lograré
que Celima mia sea,
porque es el ídolo en donde
pongo el alma por ofrenda.
Must. Qué escucho ? Amás á Celima ?
Zor. A Celima : tu sorpresa,
de tu ingratitud al escuchar
mi fina pasion da muestras ?
Must. De que celebro que en tí
un tan gran asilo tenga
su hermosura desgraciada.
Finjamos alma ; nó entienda *ap.*
Zorayde, las vivas llamas
que á mi corazon incendian,
que este furor que respiro
hará mi fortuna cierta.
Y qué intentas ?
Zor. A Celima
enterar en la funesta
muerte de su hermano. Hacer
que á Africa conmigo vuelva
para lo qual de tí fio
que la persuadas y venzas.
Luego enteraré á la Corte,
y me partiré con ella,
donde será el himeneo
quien una las almas nuestras.
Must. O quien de ese cuerpo vil *ap.*
la tuya sacar pudiera.
Zor. Qué te suspende ?
Must. Esto importa;
pues hablamos con franqueza,
á Celima tuya haré :
pero tu has de hacer suceda
en el Gobierno á Abdalasis
yo.
Zor. Qué es lo que dices ? Me dexas
con lo que te oigo admirado !
Pues ha muerto el que gobierna
la España, para que tu
sucederle en esto puedas ?
Must. Lo que de tí solicito
es proporcionar que muera.
Zor. Que muera Abdalasis ?
Must. Sí.
Zor. Y como ?
Must. De esta manera.
Ni tu, ni yo, nos debemos
exponer en esta empresa;
una mano poderosa,
y que ningun riesgo tenga,
por mas que se justifique
su delito quiero sea
la que dé muerte á Abdalasis
si tu consientes en ella.
Zor. Te lo ofrezco, pero encuentro
en tus expresiones mesmas
tan grandes contrariedades::-
Must. No hay ninguna. Escucha : en esta
habitacion mia debes
mantenerte oculto, miéntras
duren las luces del dia ;
pero al instante, que estienda
la noche su negro manto,
yo haré que á Celima veas;
y ya la tendré advertida
de lo que tu amor desea.
No has de decirla que ha muerto
su hermano, sino que en fuerza
de la carta que envié,
te manda á advertirla sea
ella misma la que vengue
en Abdalasis su afrenta.
Entónces la has de entregar
un sable, y decirla : en esta
cuchilla tu hermano envia
la segur, la parca cierta
de Abdalasis, y en tu mano,
porque executora sea
de esta venganza tan justa,

que

que yo la ponga me ordena.
Ella aumentando el furor
que la asiste con la fuerza
de tus palabras dará
á su enemigo sangrienta
y debida muerte, pues
yo la pondré donde pueda
executarla segura.
Y demos caso se sepa
que ella la homicida fué,
habrá alguno que se atreva
á una hermana del Califa,
sin mirar su muerte cierta?
te presentas en la Corte
mañana, dispones sea
yo el Gobernador de España;
tomo el mando; providencias
para asegurarme en él
daré al punto; y manifiestas
que ha muerto el Califa; te unes
con Celima; se hacen ciertas
las dichas, y respiramos
dulzuras y complacencias.

Zor. Otra vez dame los brazos,
pues con tu discurso muestras,
noble Mustafá, la fina
amistad que me profesas;
tu voz es ya norte mio,
como tuya mi obediencia.

Must. Pues en asuntos tan graves
no perder tiempo aprovecha,
muerto Abdalasis, y puesto *ap.*
en el mando yo, que muera
este traidor haré, y que
mi esposa Celima sea:
sígueme á otro quarto mas
oculto; y apénas vea
á Celima volveré
á verte.

Los 2. Nada hay que pueda
de tí separarme.

Must. Yo,
sin que nada que hacer tengas,
aseguraré tu dicha
dándote muerte sangrienta. *ap.*
Vamos, y á mis intenciones::-

Zor. A mis esperanzas tiernas,
el amor::-

Must. El furor mio::-

Los 2. Aliente, anime y encienda. *vase.*

Otro salon corto: salen Damas Moras, Zulema, Celima.

Cel. Idos todos; sola tu
queda comigo, Zulema.

Vanse haciendo cortesía.

Zul. Tu esclava soy.

Cel. Mustafá
vendrá á verme: ves y apénas
llegue, hazle entrar.

Zul. Te obedezco. *vase.*

Cel. Qué ansias mortales, y acerbas
á mi corazon traspasan!
Soy Celima, soy aquella
hermana del gran Califa
Abenariz, del que tiemblan
tantas naciones, y todas
reverentes le respetan?
Esta soy; y reducida
hoy me miro á la baxeza
de que un indigno vasallo
se burle de la grandeza
de mi hermano y su amo, quien
por elevarle á la excelsa
cumbre del honor, dispuso
que yo esposa suya fuera;
y él en vez de que esta gloria
le confundiese, desprecia
mi mano, olvida la sangre
real, que me anima, y no tiembla
al recordar su delito
del castigo que le espera:
ó pese à mis iras, pese
á mi furor, que mi afrenta
reconocen, y publican,
y no me han vengado de ella.
Pero mi hermano, aquel fuerte
Monarca, qué es lo que piensa,
que con un castigo horrible
no vindica las ofensas
que nos hace este traidor
á los dos? No le di cuenta
con letra de Mustafá
de quanto::- Pero este llega.
Mustafá, qué traes? qué tienes?
Por qué tu rostro se observa
tan turbado?

Sale Mustafá precipitado.

Must. Una impensada
alegría me consterna,
me saca de mi, y mis labios
á formar la voz no aciertan.

Cel. Pero, de qué esa alegría
procede?

Must. De ver que aquella
venganza tan deseada
por los dos llegó.

Cel. Qué expresas ?
O Alá ! con esa noticia
á mi alma inflamas, y llenas
de sumo gozo.
Must. Mayor
le has de tener quando veas
á Zorayde aquí.
Cel. A Zorayde ?
y mi hermano ?
Must. Bueno queda.
A tu heroyca mano elige
para que por ella tenga
la justa venganza efecto.
Cel. Y quando ha de ser ? Apriesa,
vierte pronto sobre mi alma
noticia que tanto aprecia.
Mus. Mas estimo yo que así *ap.*
las recibas : pues mas ciertas
serán mis fortunas quanto
mayores tus iras sean.
Ven, y sabrás todo el caso.
Cel. Mas Zorayde donde queda ?
cómo no me vé al instante ?
Must. No puede, aunque lo desea,
verte hasta la noche. Vamos
que asistir debo á la audiencia
que da el traidor Abdalasis
para remediar, que sea
Tarif sentenciado á muerte.
Cel. Tambien á mí me interesan
en lo mismo sus parientes.
Must. Pero ántes fuerza es que adviertas
que Mustafá por servirte
no habrá cosa que no emprenda.
Cel. Yo sabré hacer que mi hermano
dé un gran premio á tus finezas.
Must. En logrando mis intentos
no quiero mas recompensa.

Salon magnífico adornado al estilo Mahometano, con sofaes en medio, y á los lados. Este salon tendrá algunos arcos, sostenidos de bellas columnas que formen una regia decoracion : sale comparsa de Moros : á esta salida ocompañará Muley, Mahomet, Abdalasis y capitanes Moros. Acompañará marcha de instrumentos de boca, que durará hasta colocarse todos en sus respectivos puestos.

Abda. Partió Muley ?
Mahe. Quanto tiempo
hace, Señor. Yo quisiera
que despacharas las causas,
que necesitan sentencia.
Abda. Tráelas. *vase.*

Abdalasis pasa al sofá que habrá en el centro, y se sienta. Salen las Damas, Zulema, Mustafá, y Celima. Estos dos dicen al bastidor los primeros versos, y al presentarse Celima en la escena, Abdalasis se levanta presuroso á hablarla.

Cel. Ya estoy enterada,
Mustafá, y no sé si pueda
disimular mi contento.
Must. Yo haré que esta noche sea
mas grande. *Entran.*
Abda. Celima hermosa,
á quien el alma venera
por hermana del Califa
mi señor, y por tus prendas
tan amables::-
Must. Dila mas, *ap.*
que ya tu muerte se acerca.
Abda. Ven, mi asiento ocupa, pues
donde está el sol, no es bien tengan
los otros menores astros,
mas luz que las que él les presta.
Cel. Ves á tu asiento : este sol
aunque sus luces conserva,
alguno llega á mirarlas
y no sabe bien temerlas;
pero si cree que no abrasan,
quizá probará que ciegan.
Aquí me debo sentar. *lo hace.*
Abda. Pues lo quieres, así sea:
está ofendida : es muger :
no es mucho que así proceda;
pero sin tenerla amor,
podré casarme con ella ?
Ella seria infeliz,
y yo desdichado fuera.
Sentaos todos nobles Moros, *lo hacen.*
y sabed me han dado cuenta
por un anónimo escrito,
y es de Christiano la letra,
de que á Egilona, á la Viuda
del Rey Don Rodrigo, aquella
por quien hiciéron los nuestros
las mas vivas diligencias
para hallarla, un criado anciano
suyo la oculta, y conserva

en ún silo por librarla
de nuestro poder ; las señas
del lugar adonde exîste
me diéron, y envié por ella
con la guardia á Muley; pero
pueda haber mayor nobleza
de alma, que la del anciano
que la oculta, ni mas negra
maldad, que la del que ha dado
una noticia como esta?

Must. Pero ella asegura nada
ménos que la subsistencia
de nuestro imperio en España.

Abda. Aun quando eso te suceda,
la noticia alaba; pero
al que la ha dado detesta.

Sale Mahomet con unos papeles.

Maho. Aquí estan las causas que hay
prontas á sufrir sentencia.
A Teudo, Tarif dió muerte,
y Ordoño á Tarfe.

Abda. Ya de ellas
estoy informado bien.

Cel. Mi autoridad se interesa
por Tarif.

Must. Y yo tambien
te pido le compadezcas.

Abda. Cabalmente pedis una
cosa á justicia opuesta,
y lo opuesto á la justicia
no es fácil que lo conceda.
Goze Ordoño libertad,
y Tarif al punto muera.

Must. Con que á un Christiano perdonas,
y á un Moro castigar piensas?

Abda. Y entre un Moro, y un Christiano
hay alguna diferencia?
El que solamente hizo
el delito, halle la pena.

Cel. Si los dos son homicidas,
qué ley, qué razon encuentras
para libertar al uno,
y hacer que el otro fallezca?

Abda. Porque de uno á otro delito
hay una distancia inmensa.
Tarfe fué à dar à traicion
muerte à Ordoño: la defensa
es una cosa en que obra
la misma naturaleza.
De ella Ordoño usó, y á Tarfe
dió la muerte, fué bien hecha,
que el que á ótro quiere hacer mal
es justo que en el perezca.
Tarif à Teudo quitó
la vida en su casa mesma,
sin dexar arbitrio para
que Teudo se defendiera;
este es crímen tan horrible,
que en lo humano no hallo pena
suficiente que imponerle:
advertid, pues, con prudencia
la culpa de cada reo,
y hallaréis que la indulgencia
en Ordoño es de justicia,
y en Tarif injusta fuera:
pues si quitáron dos vidas,
fué (y el proceso lo prueba)
uno por guardar la suya,
y otro por quitar la agena.
Mahomet haz que en el instante
se execute la sentencia.

Maho. Voy á obedecerte: pero
ya con los Christianos llega
la Guardia.

Abda. Que entren.

Llega Mahomet al bastidor, y á su seña entra la Guardia precedida de Muley, que traerá aprisionados á Iñigo, Rodrigo, Pelayo y Egilona.

Mul. Postraos;
pues estais á la presencia
de Abdalasis. *se postran.*

Pel. Qué desgracia!

Rod. Hado infeliz.

Egil. Suerte adversa.

Abd. Levantad. *lo hacen.*

Mul. Los encontré,
segun decian las señas
de la Carta.

Iñig. Que escribí *ap.*
sin fingir nada mi letra,
y con gusto moriré
como Egilona no sea
de Rodrigo.

Abdalasis se levanta, todos hacen lo mismo y aquel pasa á reconocer los Christianos.

Mul. Este es Pelayo.

Pel. Y siervo tuyo.

Abda. Bien muestra
tu honradez tu rostro.

Pel. Suelen
engañar veces diversas
tales señales: las obras,
que nacen del alma, enseñan

la

la perfeccion de un sugeto:
quando tengas experiencia
de las mias formar puedes
el concepto que merezcan.
Abda. Solo en este sentimiento
me acreditas la pureza
de tu corazon.
Mul. Este es
Rodrigo su hijo.
Rod. Y desea
la muerte, para no ver
lo que es mas sensible que ella.
Ay Egilona! *ap.*
Abda. La muerte!
Llégate á mí: tu presencia
tan agradable declara
que una alma noble te alienta,
y esa desesperacion
lo contrario manifiesta.
Rod. Lo contrario? yo se bien
que debe la fortaleza
superar á las desgracias;
pero quando estas emplean
todo su furor en quien
no las busca, y las encuentra,
cree, Señor que hay pocas almas
que á su rigor no se venzan.
Abda. Dice bien. *ap.*
Mul. Iñigo es este.
Pel. Mi sobrino.
Iñig. Y quien espera
sacrificar á tus pies
el corazon por ofrenda.
Abda. Alza: tu eres Egilona?
Egil. Una humilde esclava vuestra.
Abda. Válgame Alá! jamás vi *ap.*
tan peregrina belleza.
Egil. Soy Egilona, Señor,
y parece que debiera
callar que fui de Rodrigo
esposa, y por ello Reyna
de España, mi sangre Real,
y mi gloriosa ascendencia;
lo uno porque ya lo sabes,
y lo otro porque celebra
lo ageno el que á sus pasados
alaba, si degenera
de aquellos gloriosos hechos
que les dieron fama eterna:
y yo estoy en un estado
donde imposible es que pueda
á mis pasados llegar,
con hechos que lo merezcan.
Mi delito es haber sido
Reyna, la naturaleza
quiso distinguirme; pero
la desgracia hizo que fuera
abatido el resplandor
de tan grande preeminencia.
Mas con todo en los trabajos
que he padecido, conserva
mi alma, la preciosa luz
de la virtud, sé que en esta
vida, desgracias, ni dichas
no pueden ser duraderas.
La lengua que hoy nos alaba
poco despues nos desprecia,
que el tiempo hace autoridad
de lo vario, pero exênta
de su rigor la virtud
se mira siempre: con ella
no saca partido, pues
quando la oprima se eleva,
y miéntras yo la conserve
lo demas no me da pena:
ya estás de todo enterado,
determina lo que quieras.
Abda. Que puedo determinar
sino hacer que las cadenas
que tu virtud, y hermosura
maltratan queden desechas.
se las quita él.
A todos libres dexad.
Muley la hace.
Pel. Que piedad!
Cel. Esa clemencia
usas con la que de España
tuvo la corona puesta?
Abda. Pues que he de hacer? fuera justo
oprimir mas la inocencia?
Qué delito en ella adviertes?
Que es viuda de un Rey? Pues esta
es toda su desventura,
harto castigo hallo en ella.
Hay ciertas gracias, Celima,
que en desdichas degeneran,
pero sin culpa de aquellos
que lográron merecerlas.
El Ruiseñor no trinara
como él entender pudiera
que el cazador que le escucha
solo su prision desea.
Jamás desabotonara
la rosa preciosa, y bella
la púrpura de sus hojas,
si alcanzára ó entendiera

que lo que tarda en mostrarlas
tardan en verse desechas.
Lo mismo Egilona es,
lo que la naturaleza
la dió por singular gracia,
quiso la suerte que fuera
su mayor desdicha; pero
debemos compadecerla,
que es mas infeliz aquel
que al infeliz atormenta.

Cel. Pero será justo acaso
exponer á contingencias
el Reyno que es de mi hermano,
porque tu la favorezcas?

Abda. En el nombre de tu hermano
gobierno la España: de ella
yo sabré darle razon:
estos temores no tengas.

Cel. Para no tenerlos, no
quiero ver tus providencias.

Vase con las Damas.

Must. Voy á hacer que no se aparte
Celima de mis ideas.

Abda. Espérate Mustafá.

Se detiene.

Cada vez en la belleza *ap.*
de Egilona, mas se abrasa
mi corazon.

Egi. La clemencia
de Abdalasis à mis ojos,
que agradable le presenta!

Abda. Mahometo.

Mahо. Señor.

Abda. Rodrigo,
quiero que tu huesped sea,
Iñigo de Mustafá,
Pelayo conmigo queda,
y Egilona, que Celima
haré que se encargue de ella.
Tratadlos con amistad,
y que vengan quando quieran
á verme á mí, y á Egilona,
y nada os produzca pena
que en mí teneis un asilo
que en todo riesgo os defienda.

Pel. Los cielos te den la dicha
que mi gratitud desea.

Egi. Un alma tan generosa,
y que christiana no sea!

Los 3. Venid.

Iñi. Huesped no, un esclavo
tendrás en mí.

Must. Mucho aprecía
mi fe tu esperanza.
Quien sabe, *ap.*
si Iñigo ser útil pueda
para mis intentos.

Mabo. Vamos.

Rodri. Mi alma en Egilona queda.

Abda. Ven Pelayo, sígueme
Egilona, y solo piensa::-

Egi. Qué?

Abda. Que está dentro de el alma
tu bella imágen impresa.

Egi. Pues cree::-

Abda. Qué?

Egi. Que tus piedades
mi corazon las aprecia.

Abda. Pues haga el cielo::-

Egi. El permita::-

Must. Alá disponga::-

Pel. Dios quiera::-

Todos. Que logren mis intenciones
el dulce bien que desean.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un subterráneo antiguo compuesto de piedra tosca, á cuyo pavimento se descenderá por una escalera que estará á la derecha en lo último del foro. La luz que alumbrará la escena será escasa, porque se supone que se la participa una pequeña claraboya. Abren la puerta y se presentan en el descanso primero, que formará la escala, Muley y Zorayde.

Muley. Entra, Zorayde, que aquí
Mustafá y Celima ordenan,
que los esperes.

Zor. Primero,
dime, qué mansion es esta
tan horrible, y espantosa?

Mul. Es una mazmorra: en ella
los Christianos padecian
atroces, y crueles penas;
pero desde que Abdalasis
toda la España gobierna,
con tal amor los distingue
que está sin uso y abierta.
Voy á hacer lo que me encargan
de todo advertido quedas.

Va-

Vase cerrando la puerta y Zorayde desciende á la escena.

Zor. Que horrible estancia! Mas quanto
mi fe debe á las finezas
de Mustafá! En mis obsequios
de tal modo se interesa,
que por fin ha conseguido
que ántes de la noche vea
á mi Celima; mas como
esto en el Palacio fuera
muy expuesto, discurrió
que en esta obscura caverna,
cuya entrada y paso son
ocultos, y no hay quien pueda
descubrirnos, disfrutase
mi pasion lo que desea.
Pero ruido escucho: si,
ya estan abriendo la puerta;
Mustafá y Celima son.
Que gozo me causa el verla!

Habrán abierto la puerta y salido Mustafá y Celima: miéntras baxan la escalera hablan aparte lo siguiente.

Must. Ya logras ver á Zorayde
ántes de la noche. Piensa,
Celima, lo que me debes.
Cel. Yo premiaré tus finezas.
Zorayde!
Zor. Celima amable!
permite que por ofrenda
de mi amor ponga à tus pies
un alma que te venera.
Cel. Cómo vienes? Y mi hermano?
Zor. Yo vengo como quien llega
á rendirte sus respetos,
y á abrasarse en tu belleza.
El Califa, mi señór
y tu hermano, goza aquella
preciosa salud, que á todo
fiel Mahometano interesa:
pero deseando siempre
dar castigo á las ofensas
que recibe de Abdalasis,
y aunque mil veces pudiera
habérsele impuesto, quiso
pacificase sus tierras
primero en España. Ya
lo ha logrado, y quiere seas
quien le vengue. En este alfange
te remite la sentencia
de su muerte. Me mandé
que en tu mano le pusiera,
para que con él dividas
de sus ombros la cabeza,
y que hasta que esto executes,
ni á ver volverás su letra,
ni hermana te llamará:
tambien me ordenó pusiera
á Mustafá en el gobierno,
pues la carta que fué puesta
de su letra, y de tu firma
con tal dignidad le premia.
A esto vengo, y á llevarte
conmigo. Como consienta *ap.*
en esto, seré feliz;
pues haré que nada pueda
irritarla contra mí,
quando la haga manifiesta
la verdad que aquí la oculto.
Dime ahora lo que piensas.
Must. Bien ha cumplido Zorayde, *ap.*
pero buen premio le espera.
Cel. Dame el Alfange: le beso,
pongo sobre mi cabeza
y en él juro que mi brazo,
mi valor y mi entereza
darán la muerte esta noche
á Abdalasis.
Must. Y porque èsa
accion tan recomendable
nos produzca conseqüencias
las mas gratas é importantes,
tengo dispuesto, que sea
Rodrigo á quien se atribuya,
(con una probanza plena)
la muerte de ese enemigo;
con lo qual saldrán por fuerza
cómplices en el delito,
segun mi discurso piensa,
Egilona, y los Christianos
que Abdalasis honra, y llena
de beneficios, y harémos
que entre los tormentos mueran.
Cel. De una alma como la tuya
son dignas esas ideas:
Pero cómo eso ha de ser?
Must. Ya os daré de todo cuenta;
sabed ahora, que à Egilona
Iñigo adora; que incendian
su alma los zelos que tiene
de Rodrigo, y que desea
vengarse de él, y lograr
á Egilona; todas estas
noticias, y otras me dió,

y aprovechándome de ellas
en un instante dispuse
que dos cartas se escribieran
sin llevar ninguna firma,
y de diferentes letras,
para Abdálasis la una
(que ya en su bolsillo queda
puesta por mi mano) y la otra,
para Rodrigo. Con esta
Iñigo partió al instante
para conseguir ponerla
donde Rodrigo la encuentre,
y haga:– Mas abren la puerta:
Quién podrá ser?

Sale Muley, y desde la mesilla de la escalera dice precipitadamente.

Mul. Mustafá,
Celima, Zorayde, apriesa
ocultaos:– á hablar no acierto,
Que Abdalasis aquí llega.
Los 3. Abdalasis? *sorprendidos.*
Mul. Sí: no hay tiempo,
para que mas decir pueda. *vase.*
Cel. Terrible mal.
Zor. Cruel empeño!
Must. De temor mi cuerpo tiembla. *ap.*
Cel. Y qué harémos, Mustafá?
Must. Que detrás de la escalera
podemos estar ocultos,
y quando el caso no tenga
otro remedio, á buen precio
vendamos las vidas.
Zor. Piensas
noblemente.
Must. Nos vendió
Muley.
Cel. Pero no pudiera,
presentarme yo á Abdalasis,
y hacerle temblar?
Must. No tiembla
el que manda, sino prende
castiga, y siempre bien queda.
Seguidme.
Los 2. Eres nuestro norte.

Se ocultan detrás de la escalera, abren la puerta y salen algunos Moros con hachas encendidas, Muley, Mahomet y Abdalasis, este registra la escena.

Abda. Ha de quedar satisfecha
la justicia á los traidores
sabe consumirlos ella.
Zor. Por nosotros habla.
Mul. Sí:
y aun nos busca.
Cel. Qué cruel pena!
Abda. Atreverse Abenzain
á herir á traicion á Zema
en mi Palacio! Ya que
por tí, Mahometo, no muera
sus dias ha de acabar
en una prision funesta.
Mul. Ni aun á respirar acierto. *ap.*
Maho. Me preguntaste qual era
la que habia aquí mas fuerte,
y te dixe, Señor, que esta.
Zor. No habla por nosotros.
Must. Cierto.
Abda. Yo quise reconocerla,
y para un traidor, contemplo,
que debe ser mas pequeña
mas pavorosa, y horrible.
Cel. Ya mi corazon alienta.
Abda. La hay Muley?
Mul. Si Señor.
Abda. Donde?
Mul. En la Torre.
Abda. Pues en ella,
y á tu cuidado, pondrás
al traidor.
Mul. Con mi obediencia
te respondo. Donde pueden *ap.*
estar ocultos.
Abda. Que tenga *ap.*
siempre presente á Egilona!
Quanto la amo! venid. *vase.*
Mul. Sea
yo maldito de Mahoma,
quando á Mustafá obedezca.

Se van todos; y Mustafá, Celima, y Zorayde saldrán, con pasos y acciones que manifiesten su temor, de donde estaban.

Must. Ya se fuéron.
Cel. Y ya aliento.
Must. Ambicion, quanto me cuestas!
Zor. En gran riesgo hemos estado,
Mustafá.
Must. Pero las rectas
intenciones, quales son
las que nos asisten, llevan

con-

consigo la aprobacion
de nuestro grande Profeta
Mahoma.
Zor. Es así.
Cel. Salgamos
de esta mansion tan horrenda.
Must. Vamos á que de una vez::-
Zor. y *Cel.* Y de un solo golpe tengan::-
Los 3. La venganza, furor y odio
su satisfaccion completa. *vanse.*

Salon corto: salen Abdalasis y Egilona.

Abda. En fin, preciosa Egilona,
aunque en virtud de la fuerza
del mucho amor que te tengo
te le declaro, no creas
que la indiscrecion le anime
ni nazca de la torpeza;
la honestidad le produce,
y tu mérito le alienta,
que es mi alma muy generosa
para pensar como piensan
los que no aman la virtud,
sino glorias pasageras.
A ser tu esposo, y esclavo
aspiro: no te sorprenda
mi declaracion sencilla,
no te admire, que pretenda
enlazarme á tí, pues puedes
mis dichas hacer eternas,
y eternas dichas, ya ves,
que no hay quien no las desee.
Egi. Has dicho?
Abda. Sí; pero quiero
solo hacerte una advertencia,
tu me vas á responder
con libertad, con franqueza,
no lo que el temor te dicte,
sino lo que el alma sienta;
si acaso no me quisieres
en decirlo nada arriesgas,
porque ni yo he de faltar
à servirte en quando pueda,
ni mi corazon conoce
á la bárbara violencia,
sentiré el perderte, y mucho,
pero jamas mis promesas te
faltarán.
Egil. A dos puntos
se reduce mi respuesta.
Es el primero, que en corto
tiempo, corto amor se engendra;
todo lo que se hace á tiempo
acierto consigo lleva;
lo que no se agita dura,
lo repentino se arriesga,
y lo violento produce
estragos. Si por la cuesta
abaxo corre el caballo
al valle mas pronto llega,
pero, quién duda que está
del precipicio mas cerca?
Ligerezas del amor
son relámpagos que llenan
rápidamente de luz;
pasan, y todo es tinieblas.
Luego, aunque el segundo punto,
que es el principal, venciera
y te amase, no reparas
que siempre quedaba expuesta
á los males que producen
del amor las ligerezas?
Abda. Ah Egilona! Mal conoces,
pues piensas de esa manera,
tu mérito, y mi carácter,
mi pasion, y tu belleza.
No formáras ése juicio
de mí, si me conocieras
á fondo, mas yo convengo
en que el tiempo te le advierta.
Dime el otro punto.
Egi. Aun quando
en ser tuya consintiera,
no ves que mi religion
es tan contraria á tu secta,
que::-
Abda. No prosigas, y atiende
para que lo que resuelvas
sea con conocimiento
de lo que este punto encierra.
Que yo dexe de seguir
lo que el Alcoran me enseña
por ahora es imposible.
De la memoria no pierdas
este por ahora, que acaso
te obligue, como lo entiendes:
en tu ley y sus preceptos
no hallo cosa que no sea
ordenada por la mano
de la sabia omnipotencia.
Adorables para mí
son todos. Bien manifiesta
mi pasion á los Christianos
está; ninguno hay que pueda
con razon de mí quexarse;

todos en mí un padre encuentran,
que les da en sus aflicciones
quanto consuelo desean;
todo esto te lo refiero,
para que contigo mesma
discurras, que podrá hacer
mañana, quien así piensa
hoy. El tiempo te dirá
lo que te explica mi lengua.
Por lo que respecta á tí,
la santa ley que profesas
seguirás siempre; y entiende,
que al punto te aborreciera
si la dexaras. Ahora
haz lo que mas te convenga.
Egil. Tus amables expresiones,
y de un Moro tan agenas
las bendigo.
Abda. Y qué respondes
para que yo viva, ó muera?
Egil. La mayor dificultad
para mí vencida queda;
pero faltan otras dos,
que aunque parecen pequeñas,
si se callaran ahora,
quizá despues se sintieran.
Iguales en ámbos son,
veamos como se superan.
Abda. Dilas.
Egil. Celima::-
Abda. Te entiendo.
Yo no he de hacerme violencia.
No la amo; ella bien lo sabe,
con que creo que no pueda
esto nada detenerte
si hacerme feliz deseas.
Egi. Pero su hermano el Califa
no es fuerza que quando sepa
nuestra union haga::-
Abda. Primero
haré yo lo que convenga
á la España, á los Christianos,
á tí, y á mí. Nada temas.
Egi. Sus voces me pronostican *ap.*
felicidades inmensas,
vamos ahora á mi Pelayo,
me pidió, que esposa fuera
de su hijo Rodrigo hoy mesmo.
Yo rebatí su propuesta;
pero mirando despues
mi situacion tan adversa,
y lo mucho que le debo
consentí por fin en ella.
Abda. Y le amas?
Egi. Le quiero, solo
por la virtud, y nobleza
de su corazon.
Abda. Muy bien;
pues aquí un instante espera
que á llamar voy á Pelayo.

Vase y sale luego.

Egi. Para qué? Aguarda, que intentas?
Cielos, qué irá á hacer? si acaso
querrá alguna providencia
contra Pelayo, y Rodrigo
dar? Ay Dios! Mi ligereza
en descubrirle este caso
fué un error. Pero ya llegan;
temblando estoy.

Salen Abdalasis y Pelayo.

Abda. Ven, Pelayo,
porque quiero que á presencia
de Egilona me declares
una cosa.
Pel. En quanto pueda
contribuir al gusto tuyo,
rendida está mi obediencia.
Abda. Así lo creo: si en tí
solamente consistiera
hacer feliz á tu Patria,
y que sus hijos vivieran
libres de aquella opresion,
que en nuestro dominio encuentran,
qué harias por conseguirlo?
Pel. Nada. *temblando de gozo.*
Abda. Y das esa respuesta?
Pel. Pues que he de decir? Qué tengo?
yo, que gustoso pudiera
dar por el bien de la Patria?
la sangre? Aquí estan mis venas,
que las rompan, y hasta la
ultima gota se vierta.
Mi vida? Intentén tormentos,
y verán la fortaleza
con que sabe resistirlos
mi valor, hasta perderla:
y si fuera necesario
que mi Rodrigo muriera
para lograr tanta gloria,
sin que la naturaleza
ni el paterno amor pudiesen
debilitarme las fuerzas,
yo mismo sacrificara
su vida. Esto es lo que hiciera.

Abda.

Abda. Ménos te se pide.
Pel. Ménos?
Señor, que me saques de esta
agradable confusion
te ruego.
Egi. No sé que entienda
de lo que escucho.
Abda. Egilona
puede á España dar aquellas
dichas, que dixe, si tú
la obligas á que consienta
en mi pretension. Venid,
porque es justo que ella misma
la explique á tí, y á Rodrigo.
Advertid lo que interesa
la España en esto, y que yo
por mí solo hacer pudiera
que mi gusto se cumpliese,
y me sujeto á que sea
por vosotros decidido.
Dadme pronto la respuesta.
Vamos. *vase.*
Pel. Qué es esto, Egilona?
Egil. Esto es, Pelayo, que ordena
el cielo, que de las dichas
de nuestra patria, yo sea
instrumento, y que aquel trono,
que me arrebató la adversa
suerte, le ocupe. Esto es todo
lo que dudas.
Pel. Providencia
incomprehensible, mi vida
tan infeliz, dexad tenga
sola esta satisfaccion,
y despues al punto muera.
Vamos, hija mia.

Al irse sale Iñigo y los detiene.

Iñig. Egilona, tan apriesa
vais?
Egi. Es preciso, pues
Abdalasis nos espera.
Yo te daré unas noticias,
que es preciso te suspendan,
por agradables. Despues
nos veremos.
Los 2. A Dios. *vanse.*
Iñig. Dexan
las palabras de Egilona
á mi corazon con nuevas
dudas. Qué podrá esto ser?
Pero sea lo quiera,
lo que me importa es vengarme
de Rodrigo. Ya está puesta
la carta, que Mustafá
hizo escribir, donde pueda
causar todos los efectos
que apetezco. Mi cautela
la introduxo en el bolsillo
de Rodrigo, y él al verla,
quien duda que pase á hacer
execucion de lo que en ella
se le advierte. A Mustafá
aguardo aquí: De él esperan
mis fatigas amorosas,
que Egilona mia sea,
y entónces.:–
Sale Must. Iñigo.
Iñig. Noble
Mustafá, qué es lo que ordenas?
Must. Pusiste la carta?
Iñig. Ya
es preciso que esté de ella
bien enterado Rodrigo.
Tuyo soy.
Must. Quanto celebra
mi amistad haber hallado
una alma que se parezca
en todo á la mia, como
la tuya me manifiesta!
Es preciso que á Rodrigo
inmediatamente veas,
pues va llegando la noche:
y al instante que comprehendas
que vió la carta, y lo que
determina hacer, es fuerza
lo sepa yo, para dar
las debidas providencias,
que consigan el efecto
dichoso de nuestra empresa.
Iñig. Voy á obedecerte. *vase.*
Must. Que
horrorosas y tremendas
inquietudes pasa una alma,
que por el delito espera
su elevacion: pero todo
es bien empleado, si llegan
á conseguirse las dichas
que ansiosamente deseo.

Sale Celima precipidamente, cuyos agitados y tristes extremos la manifiestan anegada en la mas amarga pena.

Pero qué es esto, Celima?
eclipsada tu belleza?

lloras, y suspiras? Dime
lo que tienes?
Cel. Yo estoy muerta,
Mustafá! Mi dolor cruel
me despedaza. La lengua
ni aun para articular tiene
facultades.
Must. Pero sepa
yo de que tu dolor nace.
Cel. Ay justos cielos! A pénas
salimos de la mazmorra,
y determinaste fuera
Zorayde contigo para
que estuviese, miéntras llega
la noche, oculto en tu quarto,
observé que este (qué pena!)
al sacar de su bolsillo
un lienzo (la voz se yela!)
entresacó sin cuidado
y dexó caer en tierra,
sin él tambien una carta,
os retirasteis, y alzéla:
pasé á mi quarto, advertí
que para Abdálasis era,
la abrí, la leí, y hallé::-
Must. Qué hallaste? dilo.
Cel. Una horrenda
maldad de Zorayde; un fiero
cuchillo que me penetra
el alma. Encontré traiciones;
y horrores, miré desecha
mi felicidad, y en fin
ví::- pero la carta es esta. *la saca.*
Léela, que mi corazon
no tiene para ello fuerzas. *se la da.*

Lee para sí, manifestando en sus acciones la sorpresa, y despues dice aparte.

Must. Válgame Alá! qué exâmino!
concluyéron mis ideas.
Perdió Zorayde la carta
en que á Abdalasis da cuenta
Abenaleyman de haber
muerto (desgracia tremenda!)
el hermano de Celima,
y que él elegido queda
Califa. Qué podré hacer
entre tanta concurrencia
de accidentes que se oponen
á mis máxîmas perversas
sino halla medio el discurso
con que separarlas pueda!
Cel. Mustafá, qué dices? Pero
ya advierto que está suspensa
tu alma, y con razon, al ver
las maldades tan horrendas
de Zorayde, y la desgracia
mia, y tuya.
Must. Todas esas
reflexîones despedazan
mi pecho. Yo bien pudiera
vengarme ahora de Zorayde
dándole muerte sangrienta
por tirano, y por traidor,
mas tu hacerlo no me dexas.
Cel. Yo?
Must. Tu, sí: qué pensamiento *ap.*
tan fino me ocurre. Piensa
que la muerte de tu hermano
te dexa en la mas funesta
situacion: todo tu asilo
faltó. Si bien consideras
la eficacia de Zorayde
en pretender dieses vuelta
á Africa con él, verás
que Abenaleyman lo ordena
así, ó para darte muerte,
ó para tenerte presa
eternamente:- Porque el
que sin méritos se encuentra
elevado á gran Califa,
y sin que de ellos proceda
siempre querrá asegurar
en tí, la que le pudiera
mañana arrojar del mando.
Con que en esta inteligencia
quiero hacer que tu desgracia
en fortuna se convierta,
para que por mí respires
tranquilamente. Oye atenta.
El dia ya va á espirar;
á Zorayde, aunque le veas,
no debes manifestarle
su traicion; tu rostro advierta
sin pena, sin mutacion.
Le dirás que estás resuelta
á partir con él: le das
á Abdalasis muerte fiera
esta noche; se nombra
su sucesor: si mi tierna
voluntad quieres pagar
serás mi esposa; te vengas
dando la muerte á Zorayde,
y en fin en España reynas.
Que te parece este modo
de pensar mio, en la estrecha tris-

triste situacion en que
te ha puesto la suerte adversa?
Cel. Ah Mustafà generoso!
tu solamente pudieras
pensar tan heroycamente!
te reitero la promesa
de dar la muerte à Abdalasis:
haré que Zorayde entienda
lo que me encargas, y tuya
será Celima.
Must. Con esa
declaracion toda el alma
de dulce inquietud me llenas;
ven, para que dispongamos
lo que conviene á la empresa
meditada.
Cel. A mi dolor
la venganza le consuela.
Must. Quando ascenderé á mis dichas *ap.*
sin riesgos, ni contingencias! *vase.*

Salon magnífico adornado con figuras de Moros corpóreas, sostenidas sobre unas medias pilastras que figuran ser de alabastro con medias cañas de oro. La escena estará alumbrada con hachas, una á cada lado, porque se supone ser ya de noche. Salen Iñigo, Rodrigo, Pelayo, y Egilona.

Pela. Aquí Abdalasis mandó,
que entre los quatro se viera
si era, ó no su pretension
aceptable, solo en esta
circunstancia patentiza
su bondad, y su prudencia,
pues árbitros nos declara
de lo que él hacer pudiera
por sí solo. De tu union
con él, Egilona bella:
resultará á los Christianos
una dicha verdadera.
Y esto es lo que ha de mirarse
ántes que otras conveniencias.
Iñig. Tio, ese es un dictámen
que la razon desaprueba
que la justicia abomina,
y la Religion detesta.
Unirse Egilona á un Moro,
y dar esta union por buena
los Españoles Christianos,
sin que el horror, la vergüenza
ni el oprobio los confunda
ántes que en ella consientan.
Quién creerá que en Abdalasis
el Christiano alivio tenga?
Las piedades que exercita
no veis que son apariencias,
con que se ocultan malicias
que despues se manifiestan?
No veis::-
Rod. Iñigo, permite
que á tu discurso mas fuerza,
le dé yo. Puede Abdalasis,
aunque nos da tantas muestras
de sus piedades, fingirlas.
Que hay cosas que se presentan
á la vista de tal modo,
que engañan. Parece estrella
la que corre por el Cielo,
y es exhalacion pequeña,
que fué poco ántes un solo
vaporcillo de la tierra.
Y aunque lo que hace por todos
los Christianos, nada tenga
de fingimiento, quién sabe
qual será su permanencia?
Despues de una tempestad,
qué hermoso se nos presenta
el Iris! Mas si atendemos
á su duracion, apénas
sale, acaba. Y hay quien dice
que la hermosura que ostentan
sus colores, es prestada,
como en la luna se observa,
que parece que son propias,
y son sus luces agenas:
todo esto, ya ves que apoya
tu opinion; pero hay mas ciertas
mas poderosas razones
que las destruyen. Qualquiera
opinará sin razon
si se opone á la experiencia
continúa. Esta es la que asiste
á las admirables prendas
de Abdalasis: qué razon
puede competir con ella
sin temeridad? Acaso,
el mismo que hoy es, no era
ántes de amar á Egilona?
Qué es amarla ántes de verla?
Qué Christiano no le alaba?
Qual de sus beneficencias
prodigiosas, no ha gozado?
Las mazmorras tan horrendas
donde el Christiano tenia

tormento atroz, muerte fiera,
desde que él entró en España,
no estan sin uso y abiertas?
En la paz es siempre justo,
como invencible en la guerra:
luego este héroe no es posible
que finja, ni falte en estas
glorias que exercita, pues
son en él naturaleza.
A nadie se perjudica
en que esposa suya sea
Egilona, mas que à mí.
Mi alma la adora. Ya de ella
el amable sí tenia
para unirnos. Pero fuera
justo que yo pretendiese
que al comun se antepusiera
el particular bien? España
será feliz, será llena
de dichas con este enlace,
Egilona: y no, no creas
que le sobreviva yo,
pero es forzoso que atienda
á qué por mi patria debo
perder el amor, la hacienda,
y la vida. Ella respire
siempre gloriosa, y yo muera.

Pel. Esas nobles expresiones
(ah Rodrigo!) manifiestan
que eres hijo mio. Dame
los brazos. Quien así piensa,
quien asi procede es
digno de una fama eterna.

Egi. Es verdad; ya no hay reparo
en que esposo mio sea
Abdalasis.

Pel. Dices bien.

Iñig. Primero yo haré que tenga *ap.*
fin su vida.

Rod. Pues ahora
me precisa daros cuenta
de una grande novedad.

Pel. Dí.

Rod. Sin que advertir pudiera,
que mano aleve esta carta *la saca.*
introduxo con cautela
en mi bolsillo, la hallé
hace poco tiempo; leedla,
y vereis contra Abdalasis
lo que se me dice en ella.

Egi. Contra Abdalasis? oh Dios!
Dámela. *se la da.*

Iñig. La carta es esta *ap.*
que yo le introduxe.

Egi. Oid,
que dice de esta manera.

Lee Para que el justo derecho
que en Egelona se encuentra
á la corona de España
en posesion se convierta,
y para que los Christianos
celebren que los gobierna
Rey natural, en tí han puesto
su esperanza. Harás que muera
Abdalasis por tu mano,
que ya las cosas dispuestas
estan para que al instante
tu esposa Egilona sea,
Rodrigo, y juntos reyneis
contra la saña agarena.

Rep. Qué mano cruel, é infame
pudo estampar unas letras
tan traidoras?

Iñig. Tan traidoras!
Pues quando la carta asienta
que muerto Abdalasis hay
disposiciones secretas
que os elevarán al trono,
quién á esa gloria se niega?

Pel. Y alguno se encontrará,
sin ser traidor, que consienta
en dar la muerte á Abdalasis?

Rod. La vida en justa defensa
suya debemos perder:
vive Dios, que como sepa
quien es el traidor que me hizo
capaz de tanta baxeza,
mi furor, y este puñal
le darán muerte sangrienta.

Le saca con ímpetu de su ira.

Sale Abdalasis oyendo estos últimos versos: á su voz se sorprehenden todos. Se le cae á Rodrigo el puñal, y á Egilona la carta.

Abda. A quién has de dar la muerte
Rodrigo? Pero tu tiemblas,
y te se cae el puñal?
Un pliego Egilona suelta
de la mano? En fin, á todos
os confunde mi presencia?
Ah! Que de esta turbacion
el alma mucho recela?
Dame ese puñal.

Rodr. Señor::- *se le dá.*

Abda. Tu voz por ahora suspensa
debe estar: Dame esa carta. *á Egil.*
Egi. Toma, y te pido que adviertas:::
se la da.
Abda. Déxame leer, que despues
advertiré lo que deba. *lee para sí.*
Pel. Qué creerá Abdalasis?
Egil. y Rodri. Cielos,
justificad mi inocencia.
Iñig. Todo ayuda á mis intentos. *ap.*
Abda. Esta carta (y no te atrevas
á ocultarme la verdad)
dè quién es, Rodrigo?
Rodr. Fuera
segura su muerte, si
á tal traidor conociera.
Yo me la hallé en el bolsillo,
y haciendo aquí referencia
del caso, ántes de que entrases
dixe: si quien es supiera,
mi furor, y este puñal,
le dieran muerte sangrienta.
Abda. Muy bien. A tí en esta carta
que me des muerte te ordenan,
en esta otra á mí me avisan *saca otra.*
y que tambien me la hallé abierta
(en mi bolsillo hace poco
que tu quitármela intentas.
el modo de introducirlas
fué igual: pero son opuestas
en su sentido. Embidiosos
de las dichas que os franquea
mi corazon, de esta suerte
procuran que os aborrezca.
Estas amenazas, y estos
avisos mi alma desprecia.
rompe las cartas.
Toma Rodrigo el puñal
para que con él defiendas
esta vida que te estima.
No puedo darte mas pruebas
ni de mi gran corazon,
ni de tu mucha inocencia.
Rod. Ya verás que esta confianza
sabe mi fe merecerla.
Pel. Accion verdaderamente
digna de una fama eterna!
Egi. Por la qual acreedor eres
á que pague tus finezas
mi mano. Tu esposa soy.
El alma así lo confiesa,
y que sabré derramar
toda mi sangre en defensa
de la tuya. *se dan las manos.*
Abda. Con tal dicha
lo mucho que te amo premias.
Todos. Feliz momento!
Iñig. Mis ansias *ap.*
son mortales!
Abda. Aunque observas,
amada Egilona mia,
(quiero hacer que una experiencia
me asegure en lo que tanto
mi propia vida interesa)
aunque observas que mi pecho
à los Christianos se entrega
tan francamente, que de ellos
ninguna maldad espera;
Con todo aquí hay un traidor
que darme muerte desea.
Todos. Aquí hay un traidor?
Abda. Aquí.
Todos. Muera al punto.
Abda. Todos muestran *ap.*
igual el semblante; pero
apuremos esta idea.
Pues si ha de morir, divida
este alfange la cabeza
de sus hombros.

Desembaina el Alfange. Pelayo, Rodrigo, y Egilona se mantendrán sin alterarse. Iñigo se retira dos pasos atrás con temor y Abdalasis continúa diciendo.

Qué, Pelayo,
de mi amenaza no tiemblas?
Pel. Si soy leal? y tu amenaza
es contra el que no lo sea,
lo que á mi no se dirige
fuera temerlo imprudencia.
Rod. Lo mismo digo.
Iñig. Pues yo
siendo leal temí.
Abda. Sí, en fuerza
de mi accion te retiraste:
pero es preciso que crea
que eso le causó el respeto.
Iñig. Sí::: Señor::: el labio apénas *ap.*
la voz formar puede.
Abda. Oh quánto *ap.*
esta experiencia me enseña!
Ménos de Iñigo, de todos
está mi alma satisfecha.
Vamos, adorada esposa,
por-

porque quiero que á la mesa
me acompañes esta noche.
Mañana quedarán hechas
nuestras bodas.

Egi. Tuya soy.

Abdu. Seguidme todos. Y quiera
Alá que esta union produzca
á España dichas inmensas.

Todos. Cielos, haced que á la España
dé esta union dichas inmensas. *vanse.*

Iñigo quedará detrás. Sale Mustafá y le detiene.

Must. Iñigo?

Iñi. Espera que acaben
de ocultarse. Estan desechas
nuestras máximas. No hay tiempo
para que todo lo sepas:
pero yo espero que logre
nuestra intencion otras nuevas
que á disponer voy. Adónde
duerme Abdalasis?

Must. En esta
alcoba que está inmediata.

Iñig. Y el alfange?

Must. Aquí le observas,
tinto en sangre. Toma. *Se le do.*

Iñig. El es
mas útil de lo que piensas.
Y el brazo que ha de dar muerte
á Abdalasis ::-

Must. Nada temas;
pronto está.

Iñig. Pues yo á Rodrigo,
para que culpado sea
solo en la traicion, aquí
conduciré: mas que tengas,
á obscuras este salon.

Must. Eso es preciso.

Iñig. Pues dexa,
que voy á ver si cumplirte
puedo todas mis promesas.
Dexaré oculto el alfange *ap.*
y usaré de él quando vuelva. *vase.*

Must. Qué gozo tendré si logro
que los Christianos parezcan
como reos! Ven, Celima,

Pasa al bastidor y la saca, la qual tendrá un sable.

y te pondré donde puedas
abrir con una venganza,
á nuestras dichas la puerta.

Cel. Ya esta furiosa segur
mi valor te manifiesta.

Vanse por el bastidor segundo de la izquierda. Por el mismo de la derecha sale Rodrigo.

Rod. Yo he de proceder leal,
por mas que mi pecho sienta
separarse de Egilona,
del alma adorada prenda.

Sale Iñigo. Rodrigo, escucha.

Rod. Qué quieres?

Iñig. Dice Egilona, que apénas
este salon quede á obscuras
quiere hablarte, y que te espera
en él pues importa mucho,
y yo he de venir con ella.

Rod. Dila que Rodrigo solo
nació para obedecerla.
Volveré quando me adviertes.

Iñi. Vete, porque no nos vean.

Vase Rodrigo.

Si en venir tambien aquí
Egilona consintiera,
de los dos me vengaria:
veré si puedo vencerla. *vase.*

Sale Mustafá, y Celima con el sable.

Must. Ya pronto vendrá Abdalasis
à su dormitorio. En esta
puerta debes esperarle;
y al instante que lo sientas,
descarga el tremendo golpe
sobre él, y con toda priesa
retírate donde sabes
para que nadie te advierta,
y se culpe á los Christianos.
Las luces apago.

Lo hace y queda á obscuras la Escena.

Encienda
todo tu valor Alá,
para tan gloriosa empresa.

Cel. No me faltará, pues tengo
tanta razon.

Sale Rod. Ya se observa
á obscuras este salon.
Esperaré hasta que venga.
Iñigo con Egilona.

Salen Iñigo, y Egilona trayendo aquel el alfange.

Iñig. Rodrigo me dixo que era

Apártanse los dos.

á su honra, y vida importante
hablarte esta noche mesma
aquí.

Egi. Sola esa expresion
tan fuerte me reduxera,

Iñi-

Iñigo ; á venir á verle.

Cel. Parece que pasos suenan ;
ánimo , corazon mio.

Iñig. Voy á ver si viene. Espera,
aquí mismo. *Camina hácia Rodrigo.*

Egi. Bien.

Rod. Yo creo,
que Iñigo hácia mí se acerca.

Iñi. Rodrigo ?

Rod. Qué ?

Iñi. Vendrá pronto
Egilona , mas me ordena
que el puñal me des , y que
le arroje donde no pueda
vértele jamas.

Rod. De nada
me sirve : toma. *se le dá.*

Iñig. Defensa
tienes, por lo que ocurriese
aquí , toma.

Le da el alfange , y camina hácia, Egilona.

Rod. Qué arma es esta
que me das ? no me respondes?
Si se habrá ido ? *Iñi.* Allí queda,
á Egilona le da el puñal.
sígueme , y toma.

Egi. Qué es esto?
Iñigo se separa de ella.
un acero ? La sorpresa *le dexa caer.*
me le quitó de la mano;
de aquí huiré.
Vase por donde salió.

Rod. Que no parezca
Iñigo ! *Iñig.* Todo dispuesto
segun mis intentos queda.

Vase por la derecha , y por la izquierda sale Abdalasis seguido de Mustafá ; aquel se adelanta al medio de la escena , y este llega á Celima.

Abda. Como esto se halla sin luces? *ap.*

Must. Celima ?

Cel. Qué? *Must.* Ven apriesa,
ai está , descarga el golpe
de tu venganza sangrienta.

Mustafá la conduce cerca de Abdalasis, él va á desviarse , Celima le da con el alfange , y cae muerto.

Cel. Así tirano Abdalasis
Fingiendo la voz.
mi injuria vengada queda,
Da á Mustafá y vase.

Must. Válgame Alá ! muerto soy!

Abda. Qué confusiones son estas ?

Desembaina , tropieza con su alfange , en el de Rodrigo , y á su voz salen Moros con luces , Muley , Mahometo, Pelayo y Egilona.

Ola Mahometo , Muley ,
luces.

Rod. Que no halle la puerta !

Salen con las luces : Rodrigo quiere huir , Abdalasis le tira un golpe con el Alfange , le desprende el suyo de la mano y detiene.

Todos. Qué es esto ?

Abda. Traidor detente.
Aseguradle. *lo hacen.*

Pel. Que observan,
mis ojos! Hijo ? Rodrigo ?

Abda. Aparta.

Rod. Desgracia extrema ! *ap.*

Egi. Señor , y dueño qué es esto ?

Maho. Aquí un cadáver se anega
en su sangre.

Mul. Es Mustafá.

Abda. Mustafá ? Pérdida inmensa !
Oh amigo mio el mas fiel !

Maho. Este alfange de tu diestra
dexaste caer, *á Rodrigo.*
y en él la sangre aun humea.

Mul. Un puñal es este.

Abda. Dame
el alfange : el puñal muestra
Se los dan.
Este alfange ha dado muerte
á Mustafá , bien que yo era
el objeto , á quien el golpe
dirigió la mano fiera,
de ese infiel.

Egil. Rodrigo ? *Abda.* Sí,
Rodrigo.

Pel. Terrible pena !

Abda. Le oí decir , al descargar
el golpe con toda fuerza :
Así , tirano Abdalasis,
mi injuria vengada queda.
No esto solo justifica
su alevosía , la prueba
mayor es este puñal
que para que defendiera
mi vida aquí le volví.
Es el tuyo ? *Se le enseña.*

Rod. No lo niega
mi voz , Señor.

Abda. Quieres mas

jus-

justificada evidencia,
Egilona? en qué, traidor,
te ofendí, para que fuera
tu alma tan desconocida,
tan baxa y vil, que esta horrenda
accion cometiste?

Rod. Ves,
Abdalasis, esas pruebas
que acreditan soy culpado?
Pues solo en mí la inocencia
brillando está.

Abda. Calla, infame.
Mas porque admires aquella
heroicidad de mi pecho,
quiero que dé la sentencia
de tu crimen, Egilona.
Ahí le tienes: que procedas
A Egilona.
con rectitud de tí aguardo.
No han de decir que me ciega
la pasion de parte, siendo
su Juez. A tu cargo queda.

Egil. Yo lo admito; y puede ser
que te haga ver la experiencia,
que hay ciertos casos en que
tantas pruebas se concretan,
que aquel que inocente está
culpado le representan.
Rodrigo culpa no tiene
por lo que al puñal respeta,
pues Iñigo me le dió.
Mahometo, pon en estrecha
prision á Rodrigo, y prende
con la mayor diligencia
á Iñigo; al instante parte.

Abda. Pero Iñigo puede en esta
maldad tener parte acaso?

Egil. Qué sabemos? tal vez sea
la principal.

Abda. Haz Mahometo
quanto Egilona te ordena.
Retirad ese cadáver.
Se le llevan.
Y en tan amarga tragedia::-

Pel. En un dolor como el mio::-

Egil. En mis ansias::-

Rod. En mis penas::-

Todos. Denme los piadosos Cielos
norte, luz, y fortaleza.

ACTO TERCERO.

Salon corto. Salen Celima y Zorayde, recelándose.

Cel. Pisa quedo, porque á cada
paso, se me representa
que estan nuestras intenciones
ah Zorayde, descubiertas!

Zor. Con que en efecto, Celima,
le diste muerte sangrienta
á Mustafá?

Cel. Sí: un error
produxo las contingencias,
que nos circuyen.

Zor. Son tantas,
que no es fácil comprenderlas;
lo cierto es, que en Mustafá
perdimos una alma llena
de amor para nuestras dichas.

Cel. En eso tal vez padezcas
equivocacion; su muerte
no es lo que mas me atormenta,
ni lo que debes sentir.

Zor. Por qué razon?

Cel. Esta letra
Saca y la enseña un papel.
no es de su mano?

Zor. Sí.

Cel. Pues toma, y lee.
Le da el papel.

Zor. De esta manera
dice: Yo ofrezco á Celima *Lee.*
entregarle la cabeza
de Zorayde luego que
dé muerte á Abdalasis ella::-

Cel. Prosigue.

Zor. Como, si me embarga
toda la voz mi sorpresa!
el traidor firmó y juró
Mirando el papel.
tal maldad! Ah! Quien lo hubiera
á tiempo sabido, para
dar al infiel...!

Cel. Qué le dieras
mas que lo que por mi brazo
recibió?

Zor. La recompensa
que da el Cielo á los traidores,
nunca fué ménos funesta.

Cel. Pues si eso es así, tambien

es-

estás expuesto á la mesma
suerte que Mustafá.

Zor. Yo ?
Qué dices ? Pues en mí encuentras::-

Cel. La propia traicion que en él,
con muy poca diferencia.
Una carta que perdiste,
y que yo me hallé, es la prueba
que mi verdad justifica.

Zor. La hallaste ?

Cel. Sí.

Zor. Suerte adversa ! *ap.*

Cel. Ya sé que murió mi hermano,
y sé el aleve que impera
en Africa, y en España,
y que con toda cautela,
arrancarme de aquí querias,
para que víctima fuera
de sus iras : que engañaste
mi credulidad sincera;
y en fin, que pensabas:::-

Zor. Basta,
que no es justo que así ofendas
el fino amor que me debes.
Bien te consta, pues diversas
veces en la patria::-

Cel. Es cierto;
hiciste se conociera :
pero ese amor, y este engaño,
qué mal, Zorayde, conciertan!

Zor. Oye : dixe á Mustafá
la pasion que te profesa
mi corazon, que anhelaba
á que Esposa mia fueras,
porque ya por esta carta
La saca y se la da.
sabia que te desprecia
Abdalasis.

Cel. Esta carta, *la vuelve.*
por Mustafá fué dispuesta,
yo la firmé, y á mi hermano
la remitimos.

Zor. Mi tierna
declaracion conocí
que sorprendia la fiereza
de Mustafá. Mi intencion
fué, que al instante supieras
con la muerte de tu hermano,
lo que mis ansias desean.
Pero el traidor hizo, que uno
y otro se ocultase, miéntras
él lograse fueses mia;
solo con esta promesa
tan favorable á su arbitrio
vió mi voluntad sujeta,
y solo te dixe aquello
que me inspiró su cautela,
en lo qual, ya ves que yo,
no pretendí hacerte ofensa.
Pero tu, cómo podrás
negarme la que encubierta
contra mí tenias, quando
este papel manifiesta::-
Por el que le dió Celima.

Cel. Que lo que en él me ofreció
Mustafá acepté contenta,
y ser su esposa ; pues fué
tan infame, tan horrenda
la pintura que de tí
me hizo :::-

Zor. Celima cesa,
que fué un monstruo abominable.

Cel. Así lo creo ; mas piensa
que es horroroso el peligro
en que estamos, si penetra
Abdalasis los intentos
contra él propuestos.

Zor. No temas :
pues teniendo tu la carta
que se me perdió, con ella
todo acaba : porque haré:::-

Cel. Que es lo que has de hacer? Si es esa
sola la salida que hallas
en los riesgos que nos cercan :
es inútil.

Zor. Por qué ?

Cel. Porque
la carta (tirana estrella !)
á Mustafá se la dí
y no volví mas á verla.

Zor. Qué desgracia !

Sale Zule. Con semblante
turbado y notable priesa,
Muley os busca, señora.

Cel. Dí que entre, no te detengas,
pero escucha, si pregunta
otro por mí::-

Zúl. De esa puerta
no pasará. Ya te entiendo.
Vase precipitadamente.

Cel. Qué sobresalto!

Zor. Qué pena !

Sale Muley. Celima hermosa, Zorayde,
mi fidelidad quisiera
no daros el golpe cruel
que os va á producir mi lengua,

 pe-

pero es preciso

Cel. Qué ? acaso
Abdalasis:::-

Mul. Manda prendan
donde le hallen á Zorayde,
y juró que su cabeza
dividirá de los hombros;
pues Mahometo le dió cuenta
de haber hallado una carta
á Mustafá, en la que::-

Cel. Cesa.
Muley, todo lo entendemos.
Lo que nos importa en esta
situacion tan fatal, es...
Pero venid á otra pieza
donde mas seguramente
hablemos. Mas dí, qué piensa
de mi Abdalasis ? Me tiene
por delinqüente, ó contempla
que puede aquí estar Zorayde?
Habla claro.

Mul. No recela
de tí cosa alguna. Pero
quiere que hoy su esposa sea
Egilona.

Cel. Pues como él
no tenga de mi sospecha
todo lo demas no importa:
porque me ocurre una idea
que puesta en uso sabrá
dexarme á mí satisfecha,
á Abdalasis castigado,
á Egilona hoy mismo muerta,
en prision á los Christianos,
y á España de gloria llena.
Pero dí, Muley, podrás
sacar de entre las cadenas
que arrastra, á Iñigo ?

Mul. Puedo,
pues de su prision conserva
Mahometo la llave, y solo
me la confia.

Cel. Con esa
satisfaccion, no temais.

Zor. Y podrán tales promesas
verse acreditadas ?

Cel. Luego
os lo dirá la experiencia.
A Abenyncef, docto Maestro
de nuestra ley, fuerza es que veas
Muley al instante para que
complete mis ideas.
Venid, y lo sabréis todo.

Zor. Permita Alá:::-

Mul. El Cielo quiera:::-

Los 2. Que tan nobles pensamientos
efecto cumplido tengan. *vanse.*

Otro salon corto con puerta pequeña á la izquierda cerrada con llave. Salen Abdalasis y Egilona.

Abda. Sí, Egilona amable, nada
te inquiete, ni te sorprenda:
pues quantos peligros ves
que me amenazan, son nieblas
que un corto vapor las cria,
y otro las disipa. Aquella
primera causa, que todo
sabiamente lo gobierna,
dispone que las traiciones
se descubran, y se sepan
para que el castigo sufran
los mismos que las fomentan.
La muerte de Mustafá
tan injusta, y tan horrenda
al parecer, quien no advierte
que tal vez fuese dispuesta
por el Cielo, porque no
quedase impune su fiera
traicion. Bien la justifica
la carta que la cautela
guardaba, la halló Mahometo,
y me entregó, pues por ella
se vé que murió el Califa
Abenariz, y que reyna
en Africa el que no es digno
de la preciosa diadema.
Se ve tambien, que á Zorayde,
ocultaba con perversa
intencion, pues siendo este
el que conducia aquella,
conservarla Mustafá,
sin haberme dado cuenta,
ni haberme visto Zorayde,
todas son solemnes pruebas
de que trataban los dos
alguna traicion, y que era
yo el objeto de sus iras,
sin que la razon entienda.
En fin, dí parte á la Corte
de las noticias funestas
contenidas en la carta,
y sintió de tal manera
que el Imperio ocupe quien
no le merece, que intenta

ha-

hacer vitalicio en mí
este gobierno, y apénas
himeneo nos enlace
lo hará mejor pues alientan
esta union los Caballeros
de Córdoba, que se encuentran
en Sevilla. Ya dí órden
para que busquen, y prendan
á Zorayde, y en probando
su delito, haré que muera.
Hoy nos enlaza himeneo,
y son nuestras dichas ciertas.
Egil. Abdalasis dueño mio,
aunque dulcemente suenan
en mi oido tus palabras,
y aunque hallan la recompensa
debida en mi corazon
tus peregrinas finezas,
aun no disfruto estas dichas,
con el gozo que debiera.
Abda. Por qué razon? en mí qué hallas
reprehensible, ó que no sea
correspondiente á tu gusto?
Dímelo, no te detengas,
y verás que prontamente
corrijo quanto me adviertas.
Egil. Con esa satisfaccion
te diré lo que quisiera.
Quien ama solo apetece
con la mas fina terneza,
que lo amado logre quantas
satifacciones desea
para sí. Yo te amo: solo
la felicidad eterna
es á la que aspiro; y como
en mi ley solo se encuentra,
deseo abrazes mi ley
porque consigas aquella.
Abda. Dixiste en otra ocasion
que las cosas que de priesa
se executan, las mas veces,
si no se pierden se arriesgan.
Y yo digo, que no puede
tener mucha subsistencia
lo que se hace prontamente,
si bien no se considera.
Por eso solo te aviso
que la esperanza no pierdas
de que yo logre esa dicha.
Egil. Dios haga que pronto sea.
Mas por qué me has ocultado
por quien fuí yo descubierta?
Abda. Lo ignoro, Egilona mia.
En esta carta, las señas
del sitio en que estabas, y
tu cuna real, y belleza
me expresáron. Nadie firma;
mírala.

Le da la carta y ella la ve con sorpresa.

Egil. Cielos, la letra
es de Iñigo!
Abda. Qué dices?
Egil. La verdad.
Abda. Mano perversa,
si esto hiciste, que delito
puede haber que no cometas?
Egil. En efecto, él me sacó
con toda aquella cautela,
que ya te expresé al salon
á noche: puso en mi diestra
el puñal, se fué y dexóme
entre horrorosas tinieblas,
se me cayó del temor,
y salí de allí. Que infiera
de todo, y mas al mirar
este testigo, que asienta
la impiedad de su alma, que es
el delinqüente, no es fuera
de razon ni que Rodrigo
está inocente.
Abda. No dexas
de fundarte, pero como
es al mismo tiempo fuerza
atender á que tenia
el alfange:::-
Egil. Pues por esa
razon tambien delinqüente
yo seria, si se hubiera
visto en mi mano el puñal.
Y si bien lo consideras
aquel que hizo esto, no pudo
hacer tambien que tuviera
Rodrigo el alfange?
Abda. Mas
el puñal, de que manera
pudo Mustafá tenerle,
si sabes que á tu presencia
se le dí á Rodrigo?
Egil. A eso
hice que Mahometo fuera
á la prision de los dos
para ver si sus respuestas,
á ese cargo satisfacen

 nues-

nuestras dudas. Mas qué observan
mis ojos!
Viendo salir á Pelayo llorando.
Abda. Pelayo, aunque
contemplo justa tu pena,
porque la prision de tu hijo
da motivo para ella,
en dia de tanto gozo
no es justo, que á esa tristeza
te entregues, suspende, pues,
esas lágrimas tan tiernas,
que á mi corazon afligen.
Pel. Dexa Abdalasis las vierta,
que es humor por donde el alma
sus pesares manifiesta.
Este dia, para mí
contiene dichas inmensas:
pero aun las felicidades
tienen sus intercadencias,
pues á nadie satisfacen.
Quien mas tiene, mas desea,
y al que hoy una dicha inflama,
luego el quebranto consterna.
El mio no puede ser
mayor. Soy Padre, y que sienta
la afliccion de un hijo amado
nadie habrá que lo reprenda.
El Pelicano amoroso,
quando otra cosa nó encuentra
con que alimentar sus hijos,
acredita su fineza
paternal, dando la vida
por ellos: lós junta, llega
á cada uno, les halaga
con toda ternura, se entra
entre todos: con el pico
se rompe el pecho, y el néctar
de su sangre les aplica
porque su sustento sea.
Ellos se alimentan, y él
aunque fenece, contempla
que á renacer vuelve en los
mismos hijuelos que dexa.
Pues si de este modo una ave
á amar los hijos enseña,
no harémos los racionales
al ménos lo mismo que ella?
Abda. Dices bien. Yo::- Pero que
Viendo salir á Mahometo.
traes Mahometo?
Mabo. La inocencia
de Rodrigo, y la traicion
de Iñigo se manifiestan
en este escrito. Ellos mismos
Se le da.
lo declaran, y confiesan
así.
Abda. Dices bien.
Pel. Gran Dios,
Con sumo gozo.
gracias te tributo inmensas
por este favor!
Mabo. La Corte
en el salon regio espera
para dar resolucion
sobre lo que la interesa
tanto en el dia, que es
no prestarle la obediencia
al nuevo Califa.
Abda. Pues
parte, y trae á mi presencia
libre á Rodrigo al instante,
y arrastrando las cadenas
á Iñigo; que de este modo
à un tiempo Abdalasis premia
la virtud, y la maldad
castiga.
Mabo. Con mi obediencia
te respondo. A Muley dí *ap.*
al tiempo de salir de ella,
la llave de la prision
de Iñigo: buscarle es fuerza
para executar el órden
de Abdalasis. *vase.*
Pel. Dexa, dexa
que á tus pies::-
Abda. Qué haces? mis brazos
nuestra amistad mas estrechan.
Egil. Cada vez hallo mas dulces
y mas fieles tus finezas.
Abda. Hoy enlazandote á mí
las lograrás mas completas.
Vamos.
Egil. El Cielo permita
que eterno tu nombre sea.

Antes de irse por la izquierda sale Muley por la derecha observando al bastidor por donde se entran; le mira con cuidado; vuelve al de la izquierda y saca á Iñigo y á Zorayde.

Mul. Ya entráron. Nadie se vé
por aquí. Mucho se arriesga
mi vida; pero la suerte

Pa-

parece que me es propensa.
Seguid mis pasos, amigos,
y entraréis adonde pueda
vuestro furor librar todas
las felicidades vuestras.
Estais de todo enterados?

Zor. De todo; y Celima nuevas
disposiciones medita
que su fama harán eterna.

Iñi. La libertad que me ha dado
por tí, tendrá recompensa
en este brazo. *Mul.* Ya armado
le he puesto.

Iñi. Sí, nada temas.

Zor. Dos rayos serémos.

Mul. Pues

Caminando á la puerta los dos le siguen, y él abre.

seguidme, ántes que se pierda
la ocasion.

Iñi. Iras respiro.

Zor. Tu valor al mio alienta.

Se entran los dos. Muley vuelve á cerrar, y guarda la llave.

Mul. Todo se ha logrado bien.

Sale Celima por la derecha.

pero ahora, Celima, llegas
al mejor tiempo.

Cel. Por qué? *Con gozo.*
Se efectuáron mis ideas?

Mul. Todo está dispuesto como
mandaste. *Cel.* Que complacencia!
Cómo fué?

Mul. Veré primero
si alguien nos escucha.

Cel. Piensas
como tu.

Mul. En estos asuntos
toda precaucion es buena.
Seguro está todo.

Vuelve á Celima y en el intermedio sale Egilona al bastidor; los vé, y se detiene ocultándose.

Egil. Mucho
tarda Mahometo, y quisiera
saber:::– Pero allí Celima
y Muley estan. Advierta
mi cuidado lo que tratan
aquí ocultos.

Cel. Dadme apriesa
este gusto.

Mul. En efecto.
Mahometo se hallaba en ella
quando á la prision llegué
de Iñigo, cerró la puerta,
se fué, y me entregó la llave,
quité entonces las cadenas
á Iñigo, le dí un alfange,
y le saqué por la puerta
oculta, donde á Zorayde
dexé esperando, y con priesa
llegamos aquí.

Egil. Que escucho!
esta es traicion manifiesta.
A Iñigo dar libertad! –
mucho mal mi alma recela.
Pero oigamos.

Mul. A los dos
introduxe por aquella
entrada, que es una obscura
bóveda, y sigue derecha
á otra puerta que al salon
da paso, para que sean
por los dos executadas
tus órdenes,
dando la muerte á Abdalasis.

Egil. Viva estatua soy de piedra!
Horrible maldad!

Cel. Ahora
sí que mi afecto celebra
tu leal proceder.

Mul. Parece
que hácia esta parte se acerca
el Maestro de la ley.

Cel. Ya le dí de todo cuenta,
y le espero aquí con ansia
para que mas favorezca
su autoridad nuestro intento.

Mul. Con él nada hay que se tema

Egil. Cielos piadosos haced
que los oiga, y no me vean.

Sale Abenyncef, y Celima se adelanta á recibirle.

Cel. Quanto te dixe está ya
executado.

Aben. Me llenan
de gozo el alma tus voces
yo ví perdida la secta
de nuestro Profeta Mahoma
en España, por la ciega
pasion que tiene Abdalasis
á los Christianos, ví expuesta
la dominacion de nuestro
gran Califa, con la estrecha
union que ese infiel va á hacer
con Egilona; contempla

que

que dolor no causarían
reflexiones tan funestas
en mi corazon, Celima,
y que júbilo no es fuerza
que hoy me asista al ver que el Cielo
te eligió para que fueras
el instrumento precioso
que vengue tantas ofensas.
Egil. Ah ministro impío!
Aben. Quiero
que tambien mi mano tenga
parte en las gloriosas dichas
que dignamente te esperan.
Antes que muera Abdalasis
haré que Egilona muera.
Egil. Válgame el Cielo.
Cel. Mas como
lo has de hacer?
Aben. De esta manera:
hoy, como he dicho, el traidor
tiene dispuesto con ella
casarse. Yo por mi empleo,
y costumbre antigua nuestra,
sabes debo conducir
un plato rico á su mesa
para ella sola. Pues este
le he dispuesto de manera,
que apénas el manjar pruebe,
el veneno que conserva
la vida le quitará.
Egil. Alma vil!
Cel. Accion como esa
de tu corazon es digna.
Egil. Habrá una alma tan perversa!
Aben. Pues vamos á executar.
Cel. Muley, á tu cargo queda
prevenir la guardia, y
hacer á tiempo la seña.
Mul. Yo cumpliré como debo.
Aben. Vamos á que se conviertan
hoy las dichas de Abdalasis
en llanto, horror, y tragedia. *Vanse.*
Sale Egil. Ya se fuéron; ni aun acierto
Con pasos tímidos receländose.
á dar un paso! Me tiembla
todo el cuerpo! El corazon
se estremece, y aun apénas
puedo respirar. Ay Dios!
En que peligros se encuentran
mi vida, y la de Abdalasis!
Pero en este riesgo, en esta
situacion horrible, puede
faltarme la fortaleza?
No he de prevenir el golpe,
y castigar la vileza
de estos traidores? El Cielo
que dispuso la entendiera
de mí parte está. Ah inhumano
Iñigo! Tu, tu conciertas
con los infieles quitarme
la vida! Bien manifiestas
que mas infiel eres que ellos
pero en mí hallarás la pena
de tu delito: diréło
todo á Abdalasis? No; fuera
usurparme aquella gloria
que adquirí por mí mesma;
una accion haré, que admire:
pues vamos: Mas aquí llega
Mahometo. Es fiel? lo dudo!
Sale Mahometo.
Es preciso que él me advierta.
Mahometo, y Rodrigo?
Maho. Ya con Abdalasis le dexa
mi cuidado.
Egil. Y conducistes
á Iñigo con las cadenas
segun te mandó Abdalasis?
Maho. Aunque pronta mi obediencia
fué á cumplir su orden, no hallé
à Muley para que abriera
la prision; pues le dexé
como á mi Teniente de ella
la llave.
Egil. Pues yo te mando
que no le traigas, ni vuelvas
á verle sin órden mia.
Maho. Quedo enterado.
Egil. Esta puerta
donde va á parar?
Maho. Al regio
salon por una pequeña
obscura pieza.
Egil. De tí
voy á fiar una empresa,
y espero la desempeñes
con la lealtad que profesas
á nuestro dueño.
Maho. Yo ofrezco,
Egilona que así sea.
Egil. Guardando el mayor secreto,
porque ninguno lo entienda.
Dos Christianos que yo elija,
y te envie, en esta pieza
has de dexar encerrados,
y no permitir que pueda

en-

entrar en ella otro alguno
desde ahora.
Mabo. Lo que ordenas
haré.
Egil. La puerta que sale
al salon regio desde esa,
à tí, y á tus nobles Moros,
confio; porque por ella
ni entrar ni salir tampoco
pueda nadie, y si lo intenta
alguno, sea el que fuere
divideie la cabeza
de los hombros, que con mi órden
no hay riesgo que temer puedas.
Mabo. Ya ofrezco hacerlo.
Egil. Pero
de modo que no comprendan
que es prevencion. Tu cuidado
como sin cuidado sea;
que estar puedes vigilante,
y sin que nadie lo entienda.
Mabo. Está bien.
Egil. Oye, que ahora
lo mas importante queda,
obed. cerán tu órden
los soldados que gobierna
Muley?
Mabo. Sin duda: pues de este,
y de ellos soy la cabeza
principal.
Egil. Pues ven conmigo
para que todo lo entiendas.
Mabo. A tu voluntad estoy
resignado.
Egil. Quien creyera, *ap.*
Iñigo vil, las traiciones
que has hecho. Un veneno esperan
darme hoy. Dios justo, haced
que maldades tan horrendas
se castiguen, y que triunfen
la virtud y la inocencia.

Salon regio adornado suntuosamente al estilo de los Moros, puerta pequeña á la izquierda cerrada con llave; que es la que corresponde á la otra de la bóveda: la que tendrá entreabierta Muley, estando á su lado Celima, y Abenyucef, como hablando con los que se supone que estan dentro.

Aben. Yo os aliento, yo os inflamo
á la venganza. La puerta
vuelve Muley á cerrar.

Lo hace Muley.

Pues ya estan tan bien dispuestas
nuestras intenciones, vamos
á que pronto efecto tengan.
Mul. Voy á prevenir la Guardia.
Vase por la izquierda.
Cel. Yo á disponer lo que ordenas.
Vase por la derecha.
Aben. Yo á dar satisfaccion
á lo que el alma desea.
Vase por el mismo lado. Salen Pelayo, y Rodrigo.
Pel. Otra vez tus tiernos brazos,
hijo, me rejuvenezcan.
Rod. En ellos hoy nuevo ser
á recibir, Padre, vuelva
tu hijo amado.
Pel. Por fin
logró triunfar la inocencia,
de la malicia, y por fin,
Rodrigo, aunque mas lo sientas
hoy Egilona dará
á España dichas inmensas
siendo esposa de Abdalasis.
No hijo, no te estremezca
ni aflija este lazo, pues
tanto á la Patria interesa.
Rod. Es verdad, señor, pospongo
todas mis dichas por ella;
mas como no he de sentir
ver la que tanto aprecia
la que tanto mi alma adora
otro dueño la posea?
Pel. Dices bien, pero es preciso
supere tu fortaleza
á tu amor. Iñigo tiene
la culpa, pues le dió cuenta
á Abdalasis del destino
de Egilona.
Rod. Y que se prueba
esa maldad?
Pel. Plenamente
lo justifica su letra.
Rod. Monstruo el mas horrible, tu
hacerla solo pudieras!
Y como me engañó á noche
el traidor! mas que diversa
es el Alma de Abdalasis!
con que amor, con que fineza,
me recibió entre sus brazos!
La vida es preciso pierda.
Pero al punto que contempla
mi corazon, que va á ser

de

de un dueño, que tantas pruebas
de humanidad nos ha dado;
que todo su amor emplea
en honrar á los Christianos,
y en favorecer su Iglesia:
me parece, ó que se acaban
ó que mis ansias se templan.

Pel. Esos nobles sentimientos
te harán feliz. Mas ya llegan
Abdalasis con su Corte,
y Egilona.

Rod. Suerte adversa.

Al compas de una lucida marcha de instrumentos, á que acompañan los platillos, salen Moros, Moras, la Guardia dirigida por Muley, los que se suponen Caballeros Cordoveses, las Damas Españolas, despues Egilona y Abdalasis, corriendo Mahometo con algunos Moros, á los que dexará inmediatos á la puerta haciéndoles señales que la guarden. Abdalasis y Egilona ocuparán el centro de la escena. La Guardia al lado derecho, Muley á su frente en ala, dexando libre el paso de un bastidor: las Damas Christianas, y Moras á la derecha y los Christianos á la izquierda interpolados con los Moros: Pelayo, ocupará el lado derecho de Abdalasis, y Rodrigo el izquierdo de Egilona. Llega á esta Mahometo, la dice aparte los versos primeros, y repitiendo las señas á los que dexó á la puerta pasa á ocupar el lugar de Muley, que le toma inferior.

Maho. Todo está ya prevenido.
Aparte á Egilona.
como me mandaste.

Egil. El premio
sabrá dar mi gratitud
á tus lealtades, Mahometo.
Rodrigo?

Rod. Señora?

Egil. Ya
que me ha concedido el Cielo,
que salgas de la prision
con tal honor mas claro y terso
que el Sol, que á Abdalasis sirvas
vigilante, fiel y atento
es lo que te encargo; pues
hay traidores encubiertos.

Rod. Dime quien son, y verás
que á sus pies:::-

Abda. Esos rezelos
de Egilona son, Rodrigo,
producidos de su afecto.
Contra mí nadie conspira;
los que temen esos riesgos
son aquellos que padecen
los duros remordimientos
de su conciencia. La mia
muy tranquila la contemplo,
pues el dia que no hago
algun bien, no estoy contento.
Ningun buen Moro, ó Christiano,
de los muchos que gobierno,
puede de mí tener queja,
á todos los amo, y quiero
como à hijos; y mis obras
mucho mas que mis acentos
esta verdad justifican.
Ellos me pagan: supuesto
que como à Padre me aprecian,
y respetan. Bien lo pruebo
en este dia; porque
constando á todos que ha muerto
el Califa Abenariz,
y que ha heredado el Imperio
quien de él no es digno, mi Corte
no quiere reconocerlo
por Soberano; y à mí
su Gobernador perpetuo
me ha nombrado. No es así
Cordoveses Caballeros,
y Sevillanos ilustres?

Todos. Todos te nombramos nuestro
caudillo, y que seas Esposo
de Egilona apetecemos.

Mul. Logra estas dichas que ya *ap.*
se acerca tu fin funesto.

Abda. A Iñigo te ordené
que conduxeses, Mahometo,
con las prisiones aquí,
cómo no está mi precepto
obedecido?

Egil. Porque
á tu bien solo atendiendo
lo contrario le mandé.

Abda. Si lo mandaste, lo apruebo;
pues solamente tu gusto
es el mio.

Egil. Yo te ofrezco
que lo aprobarás mejor
quando sepas mis intentos.

Sale Cel. Abdalasis, pues gobiernas

á España tan sabio y cuerdo,
hazme justicia. Mi hermano
murió; que ya este secreto
es público á todos. Dicen
que Zorayde truxo el pliego
que esta desgracia asegura
y el injusto nombramiento
de gran Califa, en quien es
indigno de tan supremo
lugar. Dónde está Zorayde?
Donde este traidor, (ay Cielos!)
se oculta? Quien duda quiere
conducirme á ser objeto
de las iras del Califa?
A tus bondades apelo
para que me libres de este
tirano, que los derechos,
que tengo al solio Imperial
pretende desvanecerlos
con mi muerte. Ya que no
me amaste, cumple á lo ménos
conmigo piadoso. Busca
á Zorayde. De su cuello
dividele la cabeza,
y permite que sirviendo
á Egilona, de su lado
jamas me aparte. Con esto
cumplirás con la justicia
y con la clemencia á un tiempo.
Para asegurarle mas *ap.*
no daña este fingimiento.

Abda. Te he escuchado, y tu desgracia,
Celima, la compadezco.
No te faltaré jamás,
llega, que Egilona quiero
sea tu asilo, y tu amiga.
Si consigo mirar preso
á Zorayde, su castigo
corresponderá á su yerro.

Egil. Celima, ven á mis brazos.

Cel. Quien te diera muerte en ellos! *ap.*
Que seré mas que tu amiga,
tu esclava yo te lo ofrezco.

Egil. Como la infiel disimula *ap.*
la traicion que hay en su pecho.

Mul. Cada vez admiro mas
á Celima. Es un portento
para fingir. *ap.*

Maho. Por mas que hago, *ap.*
no distingo, ni comprendo
lo que pretende Egilona
con lo que me mandó; pero
solo obedecer me toca.

Abda. Ilustre Corte, supuesto
que me elevas al honor
de reconocerme dueño
y señor, y que con Egilona
deseas me una himeneo,
con mi mano la doy todo
mi corazon y alma.

Egi. Acepto
alma, corazon y mano

Se dan las manos.

que estimo, adoro, y venero.

Abda. Muley, llama al Sacerdote.

Muley pasa al bastidor de la derecha, y vuelve á salir con Abenyncef, teniendo enlazadas las manos Abdalasis y Egilona, quien llega á los dos respetuosamente.

Aben. Aguardando tu precepto
mi obediencia estaba. Quanto
la Corte dispuso apruebo.
Te reconozco Señor,
bendigo tu casamiento,
y que inmortal en el mundo
tu nombre sea deseo.
Que bien despues de estas glorias
vendrá el golpe que prevengo. *ap.*

Todos. Abdalasis, y Egilona
sean en España eternos.

Egil. Rendidas gracias te doy
por las honras que te debo
ilustre Corte.

Pel. A no ver
á mi Rodrigo sintiendo *ap.*
esta union, como pudiera
disimular mi contento?

Rod. Por mas que mi corazon
el dolor penetre, viendo
à Egilona en otros brazos,
lo solemnizo, y celebro,
pues ántes que mi pasion
es el bien de todo el Pueblo.

Abda. La comida, y todo sea
júbilo, gozo y contento.

Muley con parte de la Guardia, algunos Caballeros Christianos y Damas entra por la izquierda; inmediatamente vuelven á salir, trayendo dos Moros sofaes para Abdalasis y Egilona, que los ocuparán: al instante otros fuentes y platos con viandas, los que colocarán en el suelo al estilo de los Moros. Despues de los primeros versos

sos salen cantando y baylando Moros, y Moras como acostumbran

A quatro.

A Abdalasis y Egilona
llegan á felicitar,
girir gir, gar gar
sus esclavos, que desean
vivan en eterna paz;
girir gir, gar gar.

Aben. Ya llegó aquel suspirado *ap.*
instante, en que mis intentos
se logren. *Vase.*

Mul. Ya Abenyncef
fué á conducir el veneno. *ap.*

Cel. Para que mi alma recoja
el dulce fruto que espero. *ap.*

A quatro.

A Abdalasis y Egilona
llegan á felicitar
girir gir, gar gar
sus esclavos, que desean
vivan en eterna paz;
girir gir, gar gar.

Ahora salen cantando la letra que se dirá, y baylando Moros, y Moras, despues de un momento que emplearán en esto lo suspenden, y ocupan sus puestos, presentándose Abenyncef con un plato de vianda.

Aben. Por costumbre antigua: por
mi carácter: por mi empleo,
y por rito indispensable,
y no añado por mi zelo:
por el respeto, y amor
que tengo á Abdalasis, debo
en el dia de sus nupcias,
presentar al dulce objeto
de su terneza este plato,
el qual reverente ofrezco
(por conseguir el honor
elevado que hallo en ello
mas que por cumplir con la
práctica antigua) á tus regios
pies, Egilona; tu sola
debes comer de él, y aprecio
mas esta honra, que quantas
hasta aquí me ha dado el Cielo.

Camina á presentarle el plato.

Cel. Qué gozo causan sus voces *ap.*
en mi corazon!

Egil. Yo acepto
(ah traidor) *ap.* con el mayor
gusto, Abenyncef, tu obsequio!
Pero para que mayor sea,
amado esposo, pretendo
que me concedas licencia,
para que con estilo nuevo
desde hoy tenga él este regalo.

Abda. Para eso te la concedo,
y para quanto dispongas;
obsérvense los preceptos
de mi esposa como si
los diera yo.

Egil. Eso supuesto,
Abenyncef, tu asentaste,
que no tanto el cumplimiento
de la práctica inconcusa,
como el honor verdadero,
que hallabas en presentarme
este plato, era el objeto
que á ello te movió; pues
para que sea en extremo
mayor, mas autorizado
mas relevante y excelso
ese honor, y como ley
quede á los futuros tiempos
para que tus sucesores
por tí le disfruten, quiero
que ya presentado el plato
y admitido, tu el primero
seas en comer el dulce
manjar que conserva, y esto
ha de ser precisamente
dándotelo con respeto

Se levanta.

y sumision, (como lo hago):
toma, come, y logra el premio
que á los que como tu piensan,
con todo cuidado ofrezco.

Abda. Bello pensamiento!

Egil. Qué
te detiene? Acaso puedo
creer que rehuses mi fineza?

Cel. Alá! que terrible empeño *ap.*

Mul. Suerte cruel! *ap.*

Aben. Fatal lance, *ap.*
ni aun á respirar acierto!

Egil. Toma.

Abda. Por qué te detienes?

Aben. Porque::- Las voces no encuentro! *ap.*
mas si adviertes mi sorpresa
se hace el caso mas funesto,
válgame la industria. Como *ap.*
podré mi desasosiego

con-

contener, al ver que un ritu
sagrado quiera romperlo
Egilona. Yo te estimo
tus honras, pero no puedo
aceptarlas, sin violar
los institutos supremos
de mi secta, y esto, ántes
sabria morir que hacerlo.
Abda. Pues qué institutos, qué ritus
Se levanta.
podrás quebrantar en eso?
La política, y civiles
costumbres se hallan muy léjos
de lo que dices; quien manda
como yo, segun los tiempos,
puede los usos mudar,
y aun las leyes; yo te ordeno
que comas ese manjar,
pues no es justo, ni lo debo
permitir que desairada
mi esposa quede, y mas siendo
por honor tuyo esta ley.
No repliques.
Aben. Yo estoy muerto! *ap.*
Egil. Dice bien mi esposo.
Aben. Pues si dice bien::-
Cel. Justos Cielos,
que irá á hacer! Muley:::-
Mul. No temas,
que la seña haré á su tiempo. *ap.*
Aben. El plato tomo, pero ántes
este discurso pequeño
escucha para honor mio
este uso nuevo ha dispuesto
Egilona. Aquel vasallo
que aspire con todo zelo,
á que quantos el disfrute
recaigan sobre su dueño
será el mas recomendable,
de buen vasallo me precio;
Pasando de espacio al lado de Abdalasis.
y este honor célebre logro,
pues que se refunda intento
en quien me manda. Abdalasis,
que tu le logres te ruego.
Cel. Salida admirable! *ap.*
Abda. Yo
le admito, y como el primero:::-
Toma el plato, y al ir á comer se arroja á él Egilona precipitadamente, y le detiene.
Egil. No hagas tal, querido esposo,
porque conserva un veneno.
Abda. Cómo? Que dices?
Pel. Qué escucho?
Rod. Y qué traidor le ha dispuesto?
Abenyncef hace seña á Celima, y esta al mismo tiempo dice.
Cel. Corre Muley. *Aparte á él.*
Mul. Yo seré
rayo: Cumplid mis preceptos.

Señalando Muley á la Guardia para que obedezca lo que tenia encargado, y que no executa; parte á la puerta de la izquierda, sacan los alfanges Mahometo y los Moros suyos que la defienden, da Muley dos fuertes golpes en el tablade que es la seña, y al mismo tiempo se oye dentro de la bóveda grande ruido de forcejar para abrir la puerta, el que llama la atencion de todos; quedando consternados de temor Muley, Celima y Abenyncef. Abdalasis, dexa el plato, se levanta furioso y Egilona le detiene.
Maho. Si otro paso das, divido
la cabeza de tu cuello.
Adda. Qué es esto? Así se profana
mi Palacio, y mi respeto!
Pero que ruido se escucha
en aquella puerta?
Mul. Cielos,
que turbacion! *ap.*
Cel. Yo estoy muerta! *ap.*
Aben. Viva estatua soy de yelo! *ap.*
Abda. Nadie me responde, pues
Empuña.
yo sabré hacer que mi acero:::-
Egil. Detente, Abdalasis, yo
te dexaré satisfecho
prontamente; pero ántes,
ola? prended al momento
á Abenyncef, á Celima,
y á Muley; guarda Mahometo
bien el paso de esa puerta.
Abda. Me admira quanto en ti observo.
Egil. Mucho mas te admirarás
esposo mio, sabiendo,
que preparado tenia
Abenyncef un veneno
para mi en aquel manjar,
y que entre los tres dispuesto
tu trágico fin estaba,
para lo qual, allí dentro

á Iñigo y Zorayde tienen
con órden de que el perverso
Muley abriese la puerta,
y exercitase su horrendo
regicidio : sí , traidores.
No sabeis que ofreció el Cielo
que nada oculto estaria ?
Yo os escuché , yo defiendo
la amable y preciosa vida
del que es mi esposo , y mi dueño.
Fué mi obligacion : cumplila.
Castiga tu tantos yerros.
Pel. Que maldad !
Rod. Traicion horrible !
Abda. De asombrado á hablar no acierto.
Conducid á esos traidores
á la Mazmorra , en encierros
diferentes los pondreis,
miéntras que la pena pienso,
qu e he de dar á sus atroces
delitos. Llevadlos presto.
Cel. No siento el morir , no haber
vengádome de tí siento. *Los llevan.*
Abda. Con que Iñigo y Zorayde,
Egilona mia , dentro
de esa bóveda se hallan ?
Egil. Y por mí de guardia puestos
en ámbas puertas Christianos
y Moros , siendo Mahometo
quien mi órden executó :
que por menor serás luego
de todo enterado.
Abda. Pues
de aí no salgan. El sustento
en seis dias se les niegue,
y al siguiente tres hambrientos
lebreles los despedacen;
quémense sus viles huesos,
y en cenizas convertidos
espárzanse por el viento.
Por guardia de mi persona
te elijo y nombro , Mahometo,
que el que à la maldad castiga
sabe á la lealtad dar premio.
Pelayo , Rodrigo , amigos
hijos mios , yo os prometo
que tendréis un Padre en mí
el mas amable y mas tierno,
pero quiero que á mi esposa ,
á mi Egilona , à mi dueño
la nombreis Reyna de España,
que ocupe el trono , que el cetro
adquiera en su mano mas
esplendor , y lucimiento.
Domine á España la que
impera en todo mi afecto.
Todos. Nuestra gran Reyna Egilona
viva por siglos eternos.
Egil. Y postrados á tan noble
auditorio pretendemos::-
Todos. Que por Dama la Egilona
consiga un aplauso vuestro.

FIN.

CON LICENCIA.

Barcel.: Por Juan Francisco Piferrer , véndese en su Librería administrada por Juan Sellent.